www.flacsoandes.edu.ec

Remigio Tamariz Crespo

L U C I A

POEMA

Segunda Edición

Cuenca-Ecuador 1942

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

"Aun aquellos que tienen cuanto desean, se juzgan desgraciados, pues el hombre recibe mayor tormento con lo que le falta, que placer con lo que le sobra, y hay quien padece una sutil codicia de cosas imposibles y soñadas, y es por ellas más desventurado que si nada tuviese; que a veces nos duelen los sueños más que las realidades".

RICARDO LEON

"Las ilusiones, una vez cumplidas, son alas que no renacen, y satisfechas, sangran como muñones"

GONZALO ZALDUMBIDE

"No lleguemos a los umbrales del hastío en lo placentero y amado; y su recuerdo nos traerá fragancia suave de tristeza, de dicha, de santidad y de una flor que nunca ha de secarse".

GABRIEL MIRO

"La deshumanización del arte, que bien puede ser plausible... no ha sido, como nos lo ha demostrado Ortega y Gasset, sino un fracaso inofensivo y quizás inevitable... Y ahora el poema fotogénico —estridentismo, futurismo, dadaismo y tal y tal, no logra ser ni un cuadro plástico, ni película cinematográfica ni poema, y apenas resulta un gesto de elegante ironía, un juego "divino" sólo para los iniciados, para los que poseen un ¡ábrete sésamo! maravilloso, herencia de algún Alí Babá ultraterreno que les permite a ellos y sólo a ellos, descubrir el secreto encanto que depositan en sus Cuevas de Montesinos"

CARLOS GARCIA PRADA

"Oh! amor eterno el que un instante dura."

ARTURO BORJA

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

LUCIA

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

CEVALLOS GARCIA. EDITORES
CALLE BORRERO 164
APARTADO 208
CUENCA-ECUADOR

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Remigio Tamariz Crespo

Lucía

No. 6250 1990

0001542 – J.

1942

LEONARDO J. MUÑOZ
LIBRERIA
VENTA DE OBRAS
DE AUTORES NACIONALES
Venezuela Nº 36 Apdo. Nº 510
QUITO ECUADOR

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

CONSTE

[illegible] que Don
R[illegible] G[illegible]
ha obtenido cuatro [illegible]
dones en los Certámenes
de la Fiesta de la L[illegible] Flor
Natural y la Violeta de [illegible]
en 192[illegible] [illegible] la Flor
Natural, se le confiere, de
acuerdo con los Estatutos
de la Fiesta, el título de
MAESTRO EN POESIA
En fe de lo cual expedimos
este Diploma los
Mantenedores y
Jurados presentes en
esta ciudad de Santa Ana de los Ríos de Cuenca
a [illegible] días del Mes de Mayo del año del Señor
de mil novecientos veintidós.

Mantenedor en 1921 [illegible]
Jurado en 1920,
[illegible]

Jurado en 1920 y en 1922 y representante del Mantenedor en este
[illegible] Remigio [illegible]

Jurado en 1921, [illegible]
Jurado en 1921, [illegible]
Jurado en 1921, [illegible]

Jurado en 1920 y 1921, [illegible]
Jurado en 1921, A. Cuesta [illegible]

Secretario del Mantenedor en 1922, [illegible]
Secretario del Mantenedor en [illegible] A. Moreno [illegible]

Secretario de la Fiesta en 1922,
A. Cuesta [illegible]

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

PROLOGO

de

Ignacio Rodríguez Guerrero

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Remigio Tamariz Crespo nació en 1864. en Cuenca, la ciudad letrada del Ecuador, no menos célebre por la fidelidad con que conserva las más nobles tradiciones que engrandecen su pasado, como por la gloriosa y numerosa pléyade de poetas que, ayer como hoy, ha dado de sí esa tierra privilegiada.

La vocación poética y artística de Tamariz Crespo, encontró desde luego terreno propicio para su desarrollo, no sólo en el ambiente social, de auténtico viso letrado y universitario, sino también, y en forma mucho más decisiva, en el medio familiar en el que le cupo en suerte nacer.

En efecto, la ilustre familia Crespo ha dado, más que otra alguna, lustre y esplendor extraordinarios a las letras azuayas. Pertenece a aquélla el celebérrimo don Remigio Crespo Toral, quizá la máxima figura intelectual ecuatoriana de estos últimos cincuenta años: poeta, prosista, crítico, filólogo, historiador, filósofo, internacionalista, catedrático, maestro —en suma— de juventudes, cuya influencia decisiva perdura aún, de manera incontrastable, en el desarrollo de la vida intelectual del Ecuador contemporáneo. Fueron o son miembros representativos de aquélla, además, el P. Nicolás Crespo, insigne latinista cuencano; el Dr. Emiliano Crespo, médico y escritor; Cornelio Crespo Vega, jurisconsulto y poeta de suave inspiración; Manuel Crespo Ordóñez, delicado sonetista; Luis Cordero Crespo, abogado, poeta y periodista; Emilio Crespo Vega y otros, tan notables como éstos.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Tan copiosa como inspirada es la obra poética de Remigio Tamariz Crespo. En ella predominan, a nuestro entender, las modalidades más exquisitas de la escuela romántica francesa, y, entre aquéllas, de modo sobresaliente, la interpretación cabal del espectáculo del mundo, del sentimiento de la naturaleza.

Para hacer propias y utilizar como elementos artísticos las bellezas del mundo exterior, Tamariz Crespo, posee una paleta millonaria de colores y maneja con destreza insuperable el pincel de su pluma. No son sus cuadros vastos lienzos que enmarcan numerosas perspectivas, sino preciosas acuarelas diminutas, en las que cumple admirar, ante todo, el trabajo de filigrana mediante el cual aprisiona el artífice, con suma perfección, los más variados objetivos.

Por gracia del poeta, asistimos a un amanecer en el pródigo valle de Cuenca, cuya apacible dulcedumbre sólo puede compararse a la de las campiñas que inspiraron a Virgilio sus églogas, o a la de los campos de Provenza, que escucharon la voz de las doradas cigarras de Mistral. El poeta cree escuchar el sonoro clarín de la Aurora, a cuyo conjuro despiértanse y transfórmanse los bosques, dando paso a las manifestaciones prepotentes de la Vida. Al beso de la luz, realízanse misteriosas gestaciones y todo parece como rendido al imperio subyugante de Eros:

Bajo la comba fúlgida, la aurora
surge, embocando su clarín sonoro,
y el bosque virgen se estremece y dora,
y al sol saluda en soberano coro.

Al beso de la lumbre bienhechora,
la Vida ostenta su inmortal tesoro,
y en la embriaguez de la ansia creadora
baña su seno en su torrente de oro.

Fué Pombo tal vez, quien dijo que el soneto es uno a modo de áureo cáliz, en el cual los tercetos desempeñan el más noble papel, siendo en ellos en los que el poeta debe verter lo más aquilatado de su inspiración, y el artista burilar, con paciencia de orfebre, la más acabada forma del verso. Tamariz Crespo sigue a cabalidad esta infalible norma de estética, que hicieron suya, también, sonetistas de la perfección inimitable de Herrera Reissig y de Agustín Acosta, de Rasch Isla y de Rafael Maya, de Víctor Ruiz y de Olavo Bilac, para darnos una acuarela en la cual no sólo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

vemos el triunfo del color, sino que escuchamos también las voces de la naturaleza:

Queda la augusta selva fecundada,
y, fingiendo celeste carcajada
o loco aplauso a la victoria de Eros,

cae sobre las frondas primitivas
el enjambre de loros vocingleros,
como una lluvia de esmeraldas vivas.

No inferiores a los sonetos de Rivera en "Tierra de Promisión", ni a los de Chocano en "Alma América", en los cuales hemos de advertir, sin duda, alguna influencia de Leconte de Lisle, los "Los Cromos Tropicales" de Tamariz Crespo dan derecho al poeta a ocupar altísimo sitial, al lado de los más auténticos bardos de América, en quienes el sentimiento de la tierra es alma y vida de su inspiración.

No sería posible exigir, en estos poetas cosmogónicos, originalidad absoluta en lo que a los motivos inspiradores toca. Ninguno de ellos la tiene. Por el contrario, coinciden en múltiples ocasiones en cuanto al tema se refiere, y, por de contado, también en lo que atañe a la técnica del verso, al empleo de las imágenes, al desarrollo de las ideas. Puede demostrarse superabundantemente lo exacto de esta observación, con ejemplos a granel, tomados de infinitos autores, ora de lengua española, ora de idiomas extranjeros. Tomemos, al azar, un ejemplo:

Tiene Tamariz Crespo un bellísimo soneto, "En el baño", que dice:

Bajo el dosel de flores del repecho,
tu cuerpo entregas al amor del río,
y ocultas con los brazos sobre el pecho
un tesoro que nunca será mío. . .

El artista de Milo tal habría hecho
a Venus, presa de pudor y frío,
antes de entrar al espumoso lecho
que le ofrece cantando el mar nativo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

El agua, en torno a tu beldad, agita
las ondas en que ries y destellas
y que ansian triunfar de tu recato. . .

Y piensa el fauno que en mi ser dormita:
—¡quién pudiera ceñir, cual ciñen ellas,
el mármol vivo de su pecho ingrato!

Pues bien, conocemos más de veinte sonetos, en varios idiomas, sobre idéntico tema, que coinciden con el de Tamariz Crespo, no sólo en la idea primordial que informa su estructura poética, sino también en múltiples detalles artísticos y recursos estéticos que hacen de la anterior una pequeña obra maestra. Ocurre en esto lo propio que en la pintura, con el tema bíblico de la casta Susana, v. gr., sobre el cual trazaron inmortales lienzos Van Dyck y el Veronés, Noel Coypel y Alessandro, Rubens y el Tintoretto, el Guercino y Rembrandt, Jean Santerre y Jacobo Palma, el viejo; Henner y Teodoro Chassériau, entre otros.

Fiados al azar de la memoria, citaremos en seguida algunos sonetos, que guardan evidentes similitudes con el anterior. Y viénese a las mientes, ante todos, el celebérrimo de Heredia, en "Les Trophées", intitulado "Le Bain des Nymphes", que dice:

"C'est un vallon sauvage abrité de l'Eurin;
Au—iessus de la source un noir laurier se penche,
Et la Nymphe —riant— suspendue à la branche,
Frôle d'un pied craintif l'eau froide de bassin.

"Ses compagnes, d'un bond, à l'appel du buccin,
Dans l'onde jaillissante où s'ébat leur chair blanche
Plongent, et de l'écume émergent une hanche,
De clairs cheveux, un torse ou la rose d'un sein.

"Une gaîté divine emplit le grand bois sombre.
Mais deux yeux, brusquement, ont illuminé l'ombre.
—¡Le Satyre!—. . . Son rire épouvante leurs jeux;

"Elles s'élancent. Tel, lorsqu'un corbeau sinistre
Croasse, sur le fleuve éperdument neigeux
S'effarouche le vol des cygnes du Caystre. . ."

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Dejamos al lector el placer estético de advertir por sí mismo las coincidencias. ¿Calco, plagio, imitación? —De ninguna manera.— Quizá remotas influencias, de las cuales están llenas las obras maestras de todas las literaturas.

Idéntico motivo inspirador, recursos literarios similares a los que ostentan los poemas transcritos, adviértense en "Océanida", de Lugones, que es uno de los sonetos más acabados del poeta argentino:

"El mar, lleno de urgencias masculinas,
bramaba al rededor de tu cintura,
y como un brazo colosal, la obscura
ribera te amparaba. En tus retinas

"y en tus cabellos y en tu astral blancura,
rielo con decadencias opalinas
esa luz de las tardes morteeinas
que en el agua pacífica perdura.

"Palpitando a los ritmos de tu seno,
hinchóse en una ola el mar sereno,
para hundirte en sus vértigos felinos.

"Su voz te dijo una caricia vaga,
y al penetrar entre tus muslos finos,
la onda se aguzó como una daga..."

Con el inconfundible dejo del estilo romántico de la escuela española, el mejicano Manuel María Flórez compuso "En el baño", que exorna las páginas de "Pasionarias":

"Alegre y sola en el recodo blando
que forma entre los árboles el río,
al fresco abrigo del ramaje umbrío
se está la niña de mi amor bañando.

"Traviesa con las ondas juguetando,
el busto saca del remanso frío,
y rie y salpica de glacial rocío
el blanco seno, de rubor temblando.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

"Al verla tan hermosa, entre el follaje
el viento apenas susurrando gira,
salta trinando el pájaro salvaje,

"el sol más poco a poco se retira;
todo calla, y Amor, entre el ramaje
a escondidas, mirándola, suspira..."

Tiene más riqueza de detalles, más copia de colorido, más verdad, más exquisita sugerencia, dentro de las líneas generales de los anteriores sonetos, el que Herrera Reissig intituló "El Baño", como se ve en "Los Peregrinos de Piedra":

"Entre sauces que velan una anciana casuca,
Donde se desvistieran devorando la risa,
Hacia el lago, Foloe, Sapho y Ceres, de prisa
Se adelantan en medio de la tarde caduca.

"Atreve un pie Foloe, bautízase la nuca,
Y ante el espejo de ámbar arróbase indecisa;
Meneando el talle, Sopho respinga su camisa
Y corre, mientras Ceres galca y se acurruca...

"Después de agrias posturas y esperezos felinos,
Gimiendo un ¡ay! glorioso se abrazan a las ondas,
Que críspanse con lúbricos espasmos masculinos...

"Mientras, ante el misterio de sus gracias redondas,
Loth, Febo, y David, púdicos tanto como ladinos,
Las contemplan y, pálidos, huyen entre las frondas..."

Tiene la triunfante plasticidad de un alto relieve marmóreo, la seducción incomparable de un bello cuerpo femenil, que se entrega, desnudo, a la caricia de la luz, el siguiente soneto "No Banho", uno de los más hermosos de la colección "Floroes" del poeta portugués Mario Linhares:

XIV

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

"Manhã de Abril. O bosque em flor rescende. Em cada
Gotta de orvalho inflamma a alvorada uma estrella
Laura sae para o banho e, em festa, a passarada
Gorgeia ao vêr passar o claro vulto d' ella.

"Chega ao lago. (A agua a estuar como que, anciosa, a anhela.)
Despe—se e ostenta ao sol a riqueza encantada
O seu corpo aromal hellenico cinzela:
—Bracos, pernas, quadris, carne eburnea e rosada.

"Volupicos, sensuaes, os rijos e empinados
Seios, como um casal de pombos assustados,
Fremem, saltam febris ao clarao matutino.

"¡Laura! Pudesse eu ser as aguas desse lago,
Para ardente envolver, no mais sincero affago,
A maravilha ideal do teu corpo divino!. . ."

¿El encanto del terceto final anterior, no os sugiere algo como un eco muy próximo del final magnífico del poema de Tamariz Crespo, arriba transcrito?

El arte exquisito de Alber Samain produjo, a modo de burilado medallón, en "Le Chariot d'Or", el poema "Nécre", y en "Aux flancs du vase", el que tituló "Xantis", de idéntico tema. Transcribimos una espléndida versión que de éste hiciera, magistralmente, Ismael Enrique Arciniegas:

Al viento perfumado tiembla la yerba fina.
Vapor ligero envuelve la risueña colina,
Y en los claros que dejan los árboles, cruzados,
E intactos, aún brillan fulgores irisados.
Junto al agua que arrulla la brisa matinal,
Xantis, ya sin sandalias ni veste virginal,
Apoya con su brazo busca en un abedul,
Y ve temblar su imagen en el remanso azul.
En un hombro le cae la cabellera obscura,
Y, blanca, se sonríe mirando su blancura.
Su talle estrecho admira, sus níveos brazos llenos,
Sus redondas caderas y sus menudos senos.
Y con mano que guía delicada decencia
Hace —bajo las frondas— un velo a su inocencia.
Pero de pronto un grito se oye en la selva umbría
Y Xantis se estremece cual corza entre jauría.
Porque ha visto que copia la honda que destella
Los dos cuernos del Sátiro que arde de amor por ella!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

En 1833, Teófilo Gautier escribió en cuatro cuartetas, con igual tema al de los anteriores ya transcritos, un poemita que intituló "Le Nauge":

"Dans son jardin la sultane se baigne,
Elle a quitté son dernier vêtement;
Et délivrés des morsures du peigne,
Ses grands cheveux baisent son dos charmant.

"Par son vitrail le sultan le regarde,
Et, caressant sa barbe avec sa main,
Il dit: 'L'eunuque en sa tour fait la garde,
Et nul, hors moi, ne la voit dans son bain.

"—'Moi, je la vois, lui répond, chose étrange!
Sur l' arc du ciel un nuage accoudé;
Je vois son sein vermeil comme l' orange
Et son beau corps de perles inondé!.

"Ahmed devint blême comme la lune,
Prit son kandjar au manche ciselé,
Et poignarda sa favorite brune. . .
Quant au nuage, il s'était envolé!"

Con maestría peculiar suya, un renombrado poeta venezolano, Andrés Mata, escribió el siguiente soneto "El Baño":

"Rodó a sus pies el bañador bermejo,
Y de su núbil cuerpo la hermosura
Reflejó con recíproca ternura
El cristal insinuante del espejo.

"Un bienestar recóndito y complejo
Arreboló su explícita blancura,
Y del vino propicio a la locura.
Sintió en los labios el sabor añejo.

"Al acercarse, sonreída, al baño,
Estremeció sus carnes un extraño
Despertar de enigmáticas delicias.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

"Y sacramente, en actitud gloriosa,
Bañó su intacta desnudez de diosa
En un presentimiento de caricias..."

En la "Casa del Pecado", publicó Villaespesa, en 1919, un bellísimo soneto, en el que algunos han querido ver marcadas reminiscencias de Herrera y Reissig:

"Trémulo el flanco y palpitante el seno,
A la acuosa caricia te ofreciste,
Y por todos los poros recibiste
La voluptuosidad del mar sereno.

"Y al contemplar mis ojos aquel pleno
Goce del mar, y como enrojeciste
A sus besos, mi carne sintió el triste
Y celoso amargor del bien ajeno.

"El mar se estremeció bajo tus blondas
Turgencias, en el lúbrico delirio
De poseer tu ecuánime tesoro...

"Mas, para defenderte de las ondas,
El sol cubrió tu desnudez de lirio
Con su armadura fúlgida de oro!"

Salvador Rueda en "El Poema a la Mujer", tiene un soneto, "La Venus en el baño", lleno de colorido y de originalidad:

"Llena de alzadas curvas cual te veo
no es tu figura la de casta diosa,
ni es tu emoción la noble y religiosa
que apaga el encendido devaneo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

"Del agua al luminoso temblor eo
que vela y bruñe tu escultura hermosa,
arroja el alma que te admira ansiosa
tremendos alaridos de deseo.

"No tiene de tu piedra la blancura
ese tono sagrado de hostia pura
que baña en sacro resplandor la mente.

"Tu cuerpo esparce contagiosa flama,
y una sangre de fuego se derrama
por tu mármol espléndido y caliente."

Una notable poetisa colombiana, Laura Victoria, esculpió en "Cráter Sellado", escultural soneto, lleno de franca y jocunda rudeza de una estampa llanera, que dice:

"En la limpia totuma pone el peine rosado
que locuaz mercachifle le cambió por carey
y del brazo suspende su amuleto tallado
con ritual morrocota en un cuerno de buey:

"No es doncella. Revive con su cuerpo apretado
todo el sol que calienta el enjuto cañey.
Una tarde cualquiera un vaquero embriagado
desflorole los senos de color de mamey.

"Baja lento el desnudo por la firme cintura,
y al abrir por la tarde su mulata hermosura
muestra el caño impaciente fresca virilidad.

"Con un ritmo felino de frutales caderas,
bajo el chal amarillo de tostadas palmeras
hunde en el agua tibia su agreste mocedad. . ."

En su admirable "Album de vers anciens", el académico Paul Valéry tiene hermosísimos sonetos, entre ellos "Naissance de Vénus", de no remoto parentezco de fondo y de forma con los anteriores. Adviértase, desde luego, la exquisita originalidad del gran poeta francés:

XVIII

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

"*De sa profonde mére, encor froide et fumante,*
Voici qu'au seuil battu de tempêtes, la chair
Amérement vomie au soleil par la mer,
Se délibre des diamants de la tourmente.

"*Son sourire se forme, et suit sur ses bras blancs*
Qu'éplore l'orient d'une épaule meurtrie,
De l' humide Thétis la pure pierrerie.
Et sa tresse se fraye un frisson sur ser flancs.

"*Le frais gravier, qu' arrose et fuit sa course agile,*
Croule, creuse rumeur de soif, et le facile
Sable a bu les baisers de ses bonds puérils;

"*Mais de mille regards ou perfides ou vagues,*
Son oeil mobile mêle aux éclairs de périls
L'eau riante, et la danse infidèle des vagues..."

Y de Germán Pardo García, para no citar más, transcribimos el siguiente inspirado soneto, que no es sino a modo de ligera variente de un tema único:

"*Ya la naciente claridad del día*
los matorrales ribereños dora,
y ante el efluyo de la nueva aurora
la oculta fuente su raudal enfría.

"*Pisando flores húmedas, María*
llega al sereno estanque; y sabedora
del quebradizo encanto que atesora,
tiembla y los hoscos árboles espía.

De sus hombros la túnica desata.
Mas, presurosa, con la mano breve,
su florecida doncellez recata.

Los tibios pies hasta la orilla atreve,
y a las ondas que el céfiro dilata
arroja al fin su castidad de nieve..."

XIX

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

"El río", "Las algas", "El caimán", "La garza", "La pesca", y otros como estos, son temas predilectos de la musa opulenta de Tamariz Crespo en "Cromos tropicales".

Su paleta de pintor fidelísimo de la naturaleza, se ha dicho ya, es rica en colores y en variedad de matices, que el artífice combina a su arbitrio con singular maestría. Envidiable cualidad de prolijo observador la suya, a sus ojos no escapan los más nimios detalles de las cosas y cuyo pincel se diría de la precisión de una cámara fotográfica para captar, en todos sus relieves, los objetivos de su predilección.

Tamariz Crespo es, además, un maestro de la metáfora. Quizá estriba en este raro don el que sus poesías infundan en el ánimo del lector uno como soplo vivificador que comunica vida y movimiento a cuanto cae bajo el dominio de este exquisito poeta. Un tema cualquiera, "El Caimán", por ejemplo, que aduna a su vulgaridad hasta un sentimiento instintivo de repulsión y de horror, cobra en manos del poeta, por obra del sortilegio de su arte, extraordinaria seducción.

¿No habéis presenciado, en los grandes ríos de las comarcas cálidas de nuestra América tropical, la cacería del caimán? —Yace el enorme anfibio asomado a flor de las aguas o sobre el légamo y los manglares, disfrutando de perezosa siesta, en el bochorno canicular. Diríase un tronco pétreo abandonado al azar de la corriente, cuya bruñida corteza brilla a la luz del sol. La tarea de la caza impone silencio absoluto, porque ante la aproximación del peligro, el animal se sumerge en las aguas, donde su prodigiosa agilidad y su fuerza extraordinaria tórnanlo de veras temible. Por eso, el cazador, oculto en las malezas de la riba, espera el momento propicio hasta que observa que el monstruo

Trepa, viscoso, a la dorada roca
y, abriendo al sol la formidable boca,
luce un córneo y trágico tesoro.

Sagitario lo mira en la ribera
y, deteniendo al punto la carrera,
le hunde en las fauces una flecha de oro.

Prolijidad de orfebre adviértese en la escogencia de detalles de algunos cuadros campesinos, y pleno dominio del poeta sobre todos los elementos estéticos que conspiran a

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dar vitalidad a su inspiración. Al extremo del anzuelo advierte el observador al pez contorsionado que

Su vivo argento en púrpura se baña,
al arrancarle el hierro de la entraña,
y se retuerce en batallar violento

en la cesta, do acaba sus martirios,
entre un deslumbrador hacinamiento
de estrellas rotas o convulsos lirios.

Cuando el poeta ha menester idealizar sus cuadros, lo hace a maravilla, imprimiéndoles un tinte de no soñada belleza, mediante el cual, el espíritu de aquel diríase que entra en comunión con el alma de las cosas, haciéndolas partícipes de sus más secretas emociones. Cobra sentimiento y vida la naturaleza y se siente palpitar, al unísono con el del hombre, el corazón angustiado de la tierra.

¿Qué advierte el poeta, a la caída de la tarde, en un poniente de otoño? No sólo el deslumbramiento prodigioso del horizonte, los cambiantes de luz que visten las nubes con los colores del iris, y la magia incomparable que el firmamento refleja sobre la tierra, envolviendo las cosas en uno como inmenso velo polícromo. Siente y hace sentir también a las cosas la pesadumbre de algo muy querido que muere:

Absorto el cielo y dolorido el mundo,
se enlutan por el astro moribundo,
y a que torne a brillar la luz que expira,

juntan los holocaustos de su duelo,
¡y sobre el bosque transformado en pira,
se quema vivo el corazón del cielo!

Poeta panteísta, en el verdadero sentido del vocablo, la naturaleza no es simplemente para él un paisaje sin alma: diríase, por el contrario, que es a modo de un interlocutor del bardo, capaz de sentir, susceptible de dolor y de placer, y, por lo mismo, dueño de cambiar la faz, en consonancia

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

con las emociones que embargan el corazón de los hombres.

Se insinúa lenta, tras el crepúsculo, la noche. ¿Cómo interpreta Tamariz Crespo el sentimiento íntimo del paisaje? —Oídlo:

Queda el alma del sol en los desiertos
de la cerúlea inmensidad marina
y un fulgor melancólico ilumina
cielos nublados y paisajes muertos.

Llegan del bosque fúnebres conciertos,
y va sembrando el Hada vespertina
en el fondo del agua diamantina
luceros como lirios entreabiertos. . .

Como exquisito burilador de sonetos, Tamariz Crespo es insuperable. Pero no sólo en ellos, sino también en poemas de aliento, ha cantado motivos terrígenas, porque el poeta es un adorador constante de la naturaleza; y, de modo especial, de las bellezas del paisaje de su comarca nativa.

En "El Solitario", Tamariz Crespo supo decir toda la melancolía característica de esa ave agreste y melancólica, sólo comparable con la tristeza que pesa sobre las razas vencidas; y en "El Capulí" cantó las excelencias de ese árbol tan autóctono, que adorna nuestros bosques en flor; que vela en la paz de los cortijos, como insomne centinela del labriego; que convida al descanso bajo su grata sombra, en la canícula estival; que tiene para los anhelos infantiles la dorada promesa de sus maduros racimos, a modo de encendidos rubíes henchidos de ambrosía.

Trovó también, en diez Cantos magistrales de "Malvarrosa", junto con la dulzura de un idilio aldeano, de unos rústicos amores campesinos, las maravillas de la naturaleza tropical, en forma tan acabada como no lo ha hecho poeta alguno en el Ecuador, a nuestro entender, y como sólo han logrado realizarlo las más enhiestas cumbres de la poesía en América, de Chocano a Pombo, de Isaacs a Martínez Mutis.

Como elegista suave y discreto, a la manera de Bécquer y de Balart, de Grilo y de Selgas, sin vanos alardes declamatorios ni teatrales estridencias, en asordinadas estrofas asonantes, Tamariz Crespo ha escrito poesías del más hondo sentimiento, como lo acredita el emocionante epicedio, "La pluma del Maestro", a la memoria del humanista

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ecuatoriano Honorato Vázquez:

. . . De tu tierra los plácidos cármenes
quedaron sin galas:
¡no hubo flor que no ansiase la muerte
besando tu lápida!. . .

o°o

En 1.915, Tamariz Crespo dió por primera vez a la estampa su obra lírica capital, el poema LUCIA, en ocho cantos.

De él podría decirse muy bien lo que León Treich expresó de "Toi et Moi", de Géraldy, cuando dijo de él que era "testamento de los años juveniles".

Porque eso, una confidencia que compendia todo el amor y todo el dolor de los veinte años; una remembranza tan humana como profunda de cuanto constituyó el primer idilio y lo que Lamartine apellidaba, con harta propiedad, el primer pesar; un recuento de lo que fué la verdadera iniciación de la vida, en cuanto tiene ésta de hermoso y de cruel; una mera historia humana, sencilla en su simplicidad, que exhuma un amor del ayer remoto, para aderezar en torno suyo una guirnalda de rosas líricas, segadas en los más recónditos jardines interiores; un tributo cordial del arte, a la memoria de la amada, muerta en flor; una confesión dolorosa del pasado, en la que comparecen las primeras ilusiones y los desengaños primeros: en suma, una resurrección, hecha por gracia de la poesía y del sentimiento, de una época, la mejor sin duda, de la vida humana, es el poema LUCIA, de Remigio Tamariz Crespo.

Leerlo es asomarse al borde de la cisterna del recuerdo, para ver brillar en el fondo las estrellas que ampararon nuestros primeros amores; es volver a mirar la boca en flor y los quince años primaverales que despertaron en cada uno de nosotros la codicia inefable de los primeros besos; es aspirar nuevamente los efluvios del jardín confidencial de nuestra dicha extinta cuando bajo los durazneros campesinos o a la sombra de los naranjos florecidos, balbucíamos nuestras primeras quejas de amor; es evocar tiempos meores, cuando hacíamos entrever la fantasía juvenil mirajes ilusorios, cuando la vida nos daba sus mejores dones, cuando la humana insidia no había hincado aún en nuestro

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

corazón sus dientes envenenados; es despertar sombras queridas que yacían en el fondo de la conciencia; es encender lámparas votivas de gratitud en el altar de la más cara Deidad de nuestros afectos; es, ante todo, reconciliarnos con nosotros mismos, al advertir, por obra de un gran poeta, que no todo es abyecto y despreciable en el mundo; que aún hay en la tierra motivos de exaltación espiritual y que todavía prevalece sobre los hombres el imperio de la eterna belleza.

¡Cuántos lectores de LUCIA tendrán que agradecer a Tamariz Crespo el haberlos hecho gozar y entristecerse intensamente, a la vez, reviviendo en el espíritu de cada cual fuentes de sentimiento que ellos creían selladas para siempre ya!

¿Quién de nosotros no tuvo una vez romántica juventud? ¿Quién no apacentó un día el rebaño de los sueños, en las praderas de la adolescencia, colmadas de rosas y de lirios? ¿Quién no fué, como diría Guzmán Papini, el pastor de su estrella? ¿ Y quién no siente bullir, dentro del corazón, el recuerdo hecho carne, en las líricas estrofas de una doliente conseja idílica, tal cual si fuese su propia historia de amor?

¿Qué es por ventura un episodio ordinario y cuasi vulgar; la cuotidiana historia de tántos corazones atormentados? ¡Nada importa! Porque a pesar de su aparente insignificancia, conserva la amargura suficiente para envenenar una vida. Ya lo dijo Heine, en el "Lyrisches Intermezzo", aludiendo a un obscuro episodio sentimental, que no obstante ser la vieja historia cuotidiana, cobraba novedad para cada cual, haciéndole sangrar el corazón:

"... Es ist eine alte Geschichte,
Doch bleibt sie immer neu;
Und wem sie just passieret,
Dem bricht das Herz entzwei..."

Leyendo LUCIA de Tamariz Crespo veréis descorrerse ante vuestros ojos las cortinas del pasado y surgir delante de vosotros sombras amadas, amores viejos. Nombres demasiado conocidos, cuyas sílabas fueron un día para vosotros música de alas, volverán a musitar vuestros labios, y tomarán forma cuasi corpórea en vuestro cerebro femeniles siluetas que el tiempo y la distancia habían tornado ya inasibles e impalpables. ¿Quién fue vuestra LUCIA, el alma gemela de la novia del poeta? —Recordad:

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Tal vez se llamaba Elisa. Alta, morena, rubicunda la pulpa fresca de sus labios, penetrante el brillo de su mirada acariciadora. Diríase que evocaba al andar la gracia ondulante de las palmeras y que a su paso, se poblaban de suaves aromas los caminos. Fue vuestra primera novia colegiala, cuando vosotros y ella vestíais aún el azul uniforme de escolares. Todas las mañanas os deteníais en la esquina del convento de capuchinas para verla pasar, y se os llenaba de júbilo el corazón cuando ella, al transponer la portería del convento, simulando despedir a la fámula, volvía la cabeza para miraros. Nunca le dirigísteis la palabra, contentándoos con que las miradas digan lo que los labios jamás pudieron modular. Pero en el aula escolar, en las clases de matemáticas, cuando el profesor, un jesuíta alto, cenceño, austero, pugnaba por haceros entender el proceso del binomio de Newton o la relación entre la circunferencia y el diámetro, vosotros os entreteníais en trazar sobre el texto de estudio las iniciales del nombre amado, en soñar despiertos y parpadeando, si ya no borroneábais las hojas de los cuadernos de clases con los primeros versos que os dictaba el corazón. Pasaron los años. Vino el olvido. Ella se quedó para siempre en el convento, en esos vastos claustros poblados de flores y de silencio. ¿Pero su recuerdo no os asalta muchas veces, en las horas más amargas de vuestra vida, llenándoos el alma de indecible encanto?

Tal vez se llamaba Graciela. Esta era rubia, menuda, grácil y locuaz, como un jilguerillo de la montaña. La conocísteis una dorada tarde de julio, cuando los caminos reverberaban al sol y fulgían los campos con el oro de las mieses maduras. Había salido, en alegre cabalgata, por los contornos de la hacienda donde veraneaba todos los años. Muchachos y muchachas de aledaños labrantíos hacíanle compañía, uniendo sus alegres voces al canoro concierto de las aves de estío. ¿Cómo la dulzura infinita de sus ojos verdes os asaeteó el corazón? —nunca pudisteis saberlo, pero desde aquella tarde de julio, os fueron familiares los senderos campesinos que conducían a la casa de ella, y después, cuando el invierno arropó con heladas brumas las montañas y los veraneantes huyeron, con las golondrinas, al abrigo de la ciudad, la reja de su aposento, florecida de claveles rojos y de petunias moradas fué testigo de dulces secretos y de juramentos de eterno amor. Mas tarde, la ciega fatalidad, por obra de un amigo alevoso o de un rival afortunado, dió en tierra con vuestra dicha; pero más de una vez el recuerdo de ese amor ha vuelto a alterar en vuestro cerebro, haciéndoos entrever rosadas perspectivas y reviviendo en la mirada muertos mirajes.

¿Os acordáis de Marina? —¡Qué inefable dulzura la de sus ojos negros y qué irresistible sortilegio el de su sonrisa! Sabía, ante todo, sonreir. Tenía en los labios el dón

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

de su feminidad. Era la suya una sonrisa casta, piadosa, suavísima, cuasi inmaterial, que sugería irreales imágenes, tal el beso de la luna en las nevadas corolas de los lirios, o la caricia del viento nocturno en las rizadas ondas de los lagos andinos; sonrisa mística de soñadora beguina, como aquéllas que vió Rodenbach, tras los historiados vitrales de los claustros neerlandeses, siguiendo con la mirada el vuelo de las golondrinas en el crepúsculo; sonrisa de hermanita de la caridad, propicia para mitigar todos los dolores del espíritu, para cerrar todas las heridas del corazón, para llevar quietud y sosiego al espíritu conturbado por las más turbulentas tempestades. ¿Qué sombra de resignada tristeza solía nublar en veces el brillo de sus pupilas acariciadoras? Ningún amor fué más apacible que el suyo; ninguna ternura más pródiga que la de sus manos; nunca palabra alguna de mujer tuvo el sortilegio irresistible de la consolación espiritual, como el que fluía de sus labios. Sin embargo, un sino tremendo, como el de las tragedias antiguas, cegó para siempre el manantial de ese amor, trocando las rosas rientes de un día en las nudosas hiedras y en los amargos eneldos de la muerte. ¿Pero no sentís acaso, cuando evocáis la belleza incomparable de esa mujer, uno como dogal de hierro que os tortura el corazón, una como añoranza irremediable que os envenena el alma?

Quizá ella nombrábase María Amalia. ¡Qué cadencia tan musical, qué armonía tan grata la de su nombre! ¿Recordáis aquellos juegos florales de provincia, en los que los estudiantes celebran la fiesta de la Lira y el triunfo de la belleza femenil? Son días inolvidables aquéllos, en los cuales el sol de diciembre embriaga con enervadoras caricias en nuestros valles tropicales y los jardines se cubren con los primeros brotes de azahares y gladiolos. La tropa estudiantil invade con jubilosos gritos las plazas, las avenidas, las rúas todas de la ciudad en fiesta. Los balcones, esos viejos balcones de férreas rejas españolas, se cubren de flores y de mujeres. Son ríos humanos las calles, tapizadas de serpentinas, y circulan murgas y comparsas al són alegre de las músicas. ¿Recordáis que ella fué la reina de la fiesta? ¿Que su nombre, de grata cadencia armoniosa, era como seña de homenaje y grito de victoria en los labios de todos? ¿Que el arrogante imperio de su aristocracia hacía evocar la imagen de Clemencia Isaura en su corte de los felibres? ¡Cuán felices transcurrieron con ella los días de vuestros amores, de esos amores tan fugaces sin embargo, como el reinado efímero de una tarde de carnaval! De esos amores cuyo recuerdo os asalta en veces, dejando en el fondo de vuestra conciencia una desolación incomparable.

¿Cómo era Lydia, la dulcísima Lidia que vino de tierras lejanas? Nunca ojos humanos vieron labios más incitantes que los suyos, ni frente más alba, ni pupilas más brunas, ni

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

más sedeña cabellera. Era su garganta un nido de ruiseñores y las inflexiones de su voz tenían todos los matices del arrullo .La conocísteis en remoto pueblecito provinciano, donde salía a veranear vuestra familia. Juntos íbais a los hortales en flor, en busca de manzanas maduras; a las moliendas de caña de azúcar, en los vetustos bujíos; a la recolección de las mieses, a la búsqueda de pececillos de colores, en los remansos del río. Os amó con el amor irreflexivo y tormentoso de los quince años, haciendo a la fidelidad holocausto de su corazón. Recordad el cuotidiano reclamo de sus cartas, el "¡no me olvides!" suyo, como un ritornelo melancólico. A pesar de que ella os amó siempre, fuísteis vosotros sordos a su pena, insensibles a su dolor, inexorables a su reclamo y la olvidásteis por las mujeres de la ciudad. Pero hoy no podéis pensar en ella sin que al punto la nostalgia no haga presa en vuestro corazón, sin que la añoranza no invada vuestro espíritu, sin que una cruel saudade no suplicie vuestra vida.

Pero llámese Ella con los lindos nombres de Elisa, de Graciela, de Lydia, de Marina, de María Amalia —esos nombres tan musicales y familiares, que suscitan en vosotros el recuerdo de dichas pasadas y dolores viejos, de alegrías y de penas de antaño— llámese Ella Alicia o Cecilia, siempre será la LUCIA del poeta, porque el leer su historia doliente, a través de las estrofas sentidas y pulcras de Tamariz Crespo, será como repasar vuestra propia vida en lo que tuvo de más caro y de más bello: ¡los veinte años primaverales, la juventud que no vuelve!

° ° °

Comienza el libro de Tamariz Crespo con una hermosa elegía al amor de ayer. Escríbela el poeta al pasar los umbrales de los treinta años, funesta edad de la que abominaba Espronceda, retrotrayendo su memoria a los días felices de la adolescencia lejana. Forman el canto primero, "Recuerdo", nueve estrofas tan pulcras como sentidas, en las cuales supo decir el protagonista todo el dolor sin nombre que constituye la remembranza de las dichas pasadas, realizada en horas de infortunio irremediable. Este es el tema poético por excelencia en el género elegíaco, por ser tan humano y tan verdadero, y lo han empleado, con éxito singular, los más grandes poetas de todos los tiempos, de Ovidio a Dante, de Verlaine a Juan Ramón Jiménez. El mayor tormento que me acosa, —dice un personaje de Ali-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ghieri — no está en los dolores presentes que me agobian, sino en el recuerdo de una perdida edad feliz. Y a través de los tremendos versículos de Job, adviértese que lo que afligía más al patriarca no era la lepra que le estaba royendo las entrañas, sino el recuerdo lacerante de sus días de bonanza.

Hermoso en verdad es el símil con el que Tamariz Crespo da principio a su poema: el de la golondrina errante que vuelve al valle de su amor y encuentra todo deshecho y yermo. No faltará quien halle vulgar y hasta pedestre el procedimiento y que lo moteje de lugar común. En realidad, nada tiene de novedoso y menos de exótico, ni se compadece con las modernas usanzas pseudo artísticas puestas en boga por arribistas y bolchevikis de las letras, que a fuerza de querer aparecer originales, no logran salir de los términos del disparate. ¡Pues qué! ¿Acaso un poeta de los arrestos de Teófilo Gautier no compuso con tema idéntico una de sus más bellas poesías, la celebradísima "Ce que disent les hirondelles", traducida magistralmente al español por el colombiano Juan C. García?

. . . La última golondrina
que en ignotas riberas peregrina,
retorna al valle de su bien testigo,
y todo encuentra en soledad y duelo:
yermos los campos, nebuloso el cielo
y en ruina el muro que prestóle abrigo. . .

Así el recuerdo de mi amor primero:
desde el erial donde olvidado muero,
tiende las alas a mi edén perdido,
y halla el hogar desierto y enlutado,
mustio el jardín, el valle desolado
y horror de tumba. . .donde fué su nido. . .

El sentimiento de la naturaleza, asociado a la expresión del estado anímico, es una de las características más visibles de Tamariz Crespo en el poema LUCIA. Idéntica observación cabe hacer a la novela "María", de Isaacs, en la cual toma la naturaleza las prerrogativas de personaje principalísimo de la obra, y del admirable "Idilio" de Núñez de Arce, el cual, al decir del literato cubano Nicolás Heredia, inspiróse en la obra inmortal del novelista caucano

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Como elemento artístico, la naturaleza cobra importancia capital en las obras de arte, a partir del romanticismo. Porque fueron los precursores de esta escuela, Rousseau y Saint--Pierre, Goethe y Ossian, y los más señalados portaestandartes de dicha tendencia, de Byron a Chateaubriand, de Amiel a Lamartine, de Musset a Hugo, de Guerrazzi a Leopardi, de Hiene a Lermontoff, quienes dieron a la naturaleza carta de ciudadanía en las letras, asignándole en ellas principalísimo papel, no inferior, en ningún caso, al que había de representar el protagonista de la obra literaria. Amiel había escrito: "Cada paisaje es un estado de alma", y esta declaración no sólo constituye un precepto o una advertencia estética, sino que refleja la realidad del oficio preponderante que el espectáculo del mundo exterior desempeñó en la literatura universal, a partir del romanticismo.

Tamariz Crespo tiene sobradamente agudizado el sentido de la observación del mundo, y aprovecha tan feliz circunstancia para llevar a su poema un elemento estético de valor imponderable. En su estro, la naturaleza no sólo recibe uno como juvenil remozamiento, sino que asume las características de un personaje consciente y sensible, capaz de sentir y de manifestar dolor, alegría, tristeza, en consonancia con la modalidad psicofisiológica del poeta. Hermosamente pide el bardo inspiración al paisaje familiar, de esta manera:

¡Aves cuitadas, fuentes escondidas,
que poblais de cadencias doloridas
la paz del huerto, la heredad desierta;
río que gimes en su margen sola,
dad vuestra voz a esta alma que se inmola
en el calvario de la dicha muerta!. . .

En el canto segundo del poema, "La Heredad", las cualidades artísticas que hemos admirado en la primera jornada de LUCIA, adquieren una como mayor brillantez, demostrando el poeta un dominio más perfecto de la técnica del verso, al par que una sensibilidad todavía más aquilatada y profunda. Es sorprendente la prolijidad con que el poeta observa los detalles que han de servirle para trazar un cuadro maestro del escenario donde se desarrolla el idilio, asunto del poema. Este canto, escrito con exquisito arte y con aquilatado sentimiento, ajeno por completo a todo rebuscado artificio, parécenos no inferior al celebradísimo "Hogar tranquilo", que exorna el poema "Margarita", de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Diego Uribe.

La altísima inspiración de Tamariz Crespo culmina en la maestría con que emplea las imágenes, de las cuales hace gala en el poema, prodigándolas por doquier, con copiosa munificencia:

En plena soledad, medra lozano
el rosal de oro que plantó su mano,
y al ver sus flores deshojarse solas
al soplo de las auras campesinas,
¡siento en el alma todas las espinas
que defienden en vano a las corolas!

—¡Huérfanas flores, mi ilusión ausente
perdura en vuestro aroma confidente!
Ornásteis su hermosura sin mancilla,
¡y os eclipsaron las mejillas de Ella,
que acaso mora en la primer estrella,
porque, desde su adiós, más para brilla!

Todo el canto segundo es un loor a la tierra nativa, un himno a los campos familiares, un epinicio a los paisajes patrios, embellecidos, a través del recuerdo, por la fantasía del poeta. Y Tamariz Crespo no cae en ningún momento en los prosaísmos en que incurren, por desgracia, otros poetas descriptivos, como Gutiérrez González en su "Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia", poema que tiene estrofas que con gusto prohijaría Virgilio, como aseguró, con harta razón sin duda, el sabio don Rufino José Cuervo; y aún como la dulcísima Rosalía de Castro, tan emotiva, tan remirada, tan elegante, como puede comprobarse leyendo el poema "A Roberto Robert", v. gr., en sus cantares gallegos.

Por el contrario, tiene Tamariz no pocas estancias que son verdaderos aciertos, preciosos hallazgos, acuarelas pintadas de mano maestra, tan cabales, tan precisas, que recuerdan la prosa poética de Gabriel Miró en las mejores páginas de "Las Cerezas del Cementerio", de "El Huerto Provinciano", o de las "Figuras de la Pasión del Señor": prosa aquella a la que sólo falta el requisito de la rima para tornarse en la más perfecta y acendrada poesía.

He aquí una preciosa miniatura en la que describe la tórtola campesina:

XXX

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Junto al nido que esconde en la espesura,
plañe, en golpes de arrullo, su amargura
la tórtola infeliz, cuya existencia
acechan por doquier los cazadores,
y, por ello, aun si canta sus amores,
preludia su orfandad o eterna ausencia.

Y los jilgueros:

Oculto en las retamas del otero,
su honda veloz restalla el pajarero,
y, como chispas de dorada pira,
surge de los trigales la miriada
de jilgueros, y vuela a la enramada
que se transforma, por encanto, en lira.

Una filigrana de exquisitos trazos es sin duda esa en la cual pinta el poeta al colibrí, el "quinde" de nuestros cármenes andinos:

Donde ostentan las flores sus carmines,
el picaflor, Don Juan de los jardines,
luce el peto de azul, oro y topacio,
y, por la sed de amor enloquecido,
liba, temblando, el néctar escondido,
y, cual flecha de luz, cruza el espacio.

Producen la impresión del más subido realismo y son un acierto indudable hasta por las armonías onomatopéyicas felices, los versos en los que describe Tamariz Crespo al gavilán y al cuervo:

Pirata de los aires y el boscaje,
del umbroso gomero en el follaje,
se oculta el gavilán para el acecho,
y, en el alto nogal de frutos rico,
el calvo cuervo, con el corvo pico
lustra las plumas del cetrino pecho.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

El canto tercero, LUCIA, que forma como el nudo del poema, es uno de los más hermosos de la obra. Constituye, a nuestro entender, la quinta esencia o la síntesis del romanticismo más refinado. Al sentimiento cuasi mórbido que desborda de las estrofas ternísimas, se aduna una exquisita pulcritud parnasiana del verso, una tersura impecable, sin que sean escasos los pasajes donde culmina la inspiración del bardo, en lo que constituye para él la piedra de toque de su arte, a saber, la maestría con que emplea la metáfora, la más susceptible de belleza, sin duda, de las figuras retóricas.

Y como no han menester comentario, para sentirlas, las bellezas de este canto, que recuerda "El Ama", de Gabriel y Galán, o los más sentidos poemas de Vicente Medina, dejamos al lector del poema la grata y continuada sorpresa de descubrirlas y saborearlas.

El canto cuarto, "Primavera", es una continuación natural, un complemento lógico del anterior. Narra el poeta tiernos episodios de amor que embellecen el idilio. Hay reminiscencias de Isaacs y de Lamartine, como en "María" del poeta caucano, las hay de Chateaubriand y de Saint—Pierre, de Walter Scott y de Mistral:

Las tardes, cabe límpidos arroyos,
debajo de floridos chirimoyos,
leíamos MARIA y GRACIELA,
idilios de pasión y desventura
que arrancaron diamantes de ternura
a sus profundos ojos de gacela. . .

Habría podido prolongarse indefinidamente la jornada cuarta del poema o multiplicarse el número de cantos, con episodios de idilio, sin menoscabo de la unidad de la obra; pero Tamariz Crespo prefirió suprimir todo elemento inútil en su poema, ganando así éste en sobriedad y en fuerza emocional.

En el canto quinto, "Presagios", comienza a insinuarse la tragedia que dará natural desenlace al poema. Al cielo diáfano y al porvenir esplendoroso del ayer feliz, sintetizado en los cantos anteriores, sucédense las tormentosas perspectivas del horizonte futuro, que habrán de ensombrecer para siempre el idilio, tronchándolo en flor. La trama de la fábula va cobrando desde este canto, más interés. Los sones de la elegía hácense más melancólicos, más armoniosos, más profundos. Las estrofas tienen la consistencia de me-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dallones áureos, de marmóreas estelas fúnebres, tallados a cincel. Las descripciones del paisaje brillan por la sobriedad y por la riqueza del colorido. Hay estrofas de veras magníficas:

Al áureo resplandor del horizonte,
la Luna, que surgía tras el monte,
dió esmaltes de alabastro en la laguna,
y coronaron de mi amor la frente
las caléndulas de oro del poniente
y los lirios de argento de la luna.

Fulgurantes imágenes poéticas conservan la arrogante entonación a través de todos los cantos, evitando las caídas de estilo, tan frecuentes en obras de la magnitud de LUCIA:

¡Gozar de excelso bien mi amor ansía,
en un bosque de luz, todo armonía,
donde esplendan, perennes, las auroras,
y no siga al placer la desventura
y canten nuestra idílica ventura,
cual un coro de Océanides, las Horas!

¿Qué consuelo encontrarán los amantes para la zozobra que comienza a atormentarlos, como nuncio de amargos días? —La poesía, sin duda. Y hábilmente conduce Tamariz Crespo la acción del poema, para traer a la postre, con la mayor naturalidad, remembranzas de Musset, en una espléndida paráfrasis de la elegía mussetiana, que comienza con esa sentidísima estrofa que, grabada en mármol, esplende al pie del busto de Musset, en el sepulcro del poeta, sombreado de sauces, en el cementerio del Père—Lachaise:

"Mes chers amis, quand je mourrai,
Plantez un saule au cimetière.
J'aime son feuillage éploré,
La pâleur m'en est douce et chère,
Et son ombre sera légère
A la terre où je dormirai. . .",

CULTURA ECUATORIANA BIBLIOTECA NACIONAL QUITO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

que Tamariz Crespo interpreta de esta manera fiel e impecable:

Amigos, cuando muera,
plantad un sauce en la mansión postrera;
amo su triste, pálida verdura;
de sus frondas la cauda funeraria,
y, en la paz de mi huesa solitaria,
propicia me será su sombra obscura...

En el canto sexto, "El Vestiglo", encontramos el vértice del poema, el punto céntrico de la obra, la explicación clara y lógica de los cantos que siguen, hasta convertir en tragedia el idilio inicial.

Al sentir del notable crítico ecuatoriano, Pbro. Juan María Cuesta, así el canto sexto del poema, como la inclusión de la paráfrasis de Musset, en el canto anterior de LUCIA, constituyen, en la obra de Tamariz Crespo, "lo que no se entiende, la boca del pozo y la laguna"; "han hecho desaparecer la naturalidad y han roto la unidad del argumento; están como remiendos en capa nueva... etc."

No acertamos a explicarnos tales conceptos de tan ilustrado crítico. En nuestro sentir, no sólo no es artificiosa y carente de naturalidad la causa por la que el protagonista del poema abandona a su amada, como se explica en ese canto, sino que es, por el contrario, natural, humana, frecuente y verídica en grado máximo. ¿Cuál es esa causa? —Lo que los novelistas dieron en llamar "el mal del siglo", es decir, el spleen, el hastío, el tedio, el escepticismo ambiente, del cual son o fueron víctimas propiciatorias los intelectuales, en forma que no sólo se ponían en riesgo de olvidar el amor de una sentimental novia provinciana, sino también de quitarse la vida con el desenfado con que se consuma la cosa más insignificante y natural del mundo.

Adviértese que el protagonista de LUCIA no es un aldeano rústico y sin letras; por el contrario, aparece de autos en el poema como lector asiduo de autores de psicología tan complicada como Musset y Lamartine, y de tan profundo y cuasi morboso sentimentalismo como Chateaubriand y Jorge Isaacs. Hablamos simplemente del *protagonista* innominado de la obra, tal cual aparece en LUCIA; que si nos refiriésemos al autor de ella, a Tamariz Crespo, nos encontraríamos con un intelectual de gran calado, en toda la acepción del vocablo; con un poeta cultísimo para quien no guardan secretos ni las auténticas literaturas clá-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sicas de Grecia y de Roma, ni los frutos característicos que dió de sí el romanticismo, en el pasado siglo, ni las más exóticas y recientes novedades de las escuelas de hoy. Ahora bien, siendo cierto que el autor refleja en sus obras sus principales modalidades, ¿sería posible extrañar que el protagonista del poema de Tamariz Crespo aparezca abandonando a su amada por obra de los extravíos causados en su psiquis por la influencia incontrastable de las perversidades que recibieron el nombre genérico de "el mal del siglo"?

A propósito, cabe recordar que el estro atormentado de Lord Byron sintetizó en casi todas sus obras, la crudeza de aquel terrible mal, que atormentó a tántos espíritus, envenenándolos para siempre de amargura. Recuérdense, por ejemplo, aquellos versos demoledores del "Manfred", en los que reniega de la vida, rebosante de hastío y de zozobra:

"We are the fools of Time and Terror: Days
Steal on us, and steal from us; yet we live,
Loathing our life, and dreading still to die. . .

(*Act. II. Scene II.*)

Y conste que tales epidemias sociales de orden psicológico, capaces de causar tremendas reacciones en el individuo, no son herencia exclusiva del romanticismo, ni producto patológico de esta época de turbulencias y de complicaciones de toda índole. Ello es tan antiguo como la humanidad, y así lo demuestran los escritores y poetas más viejos que tenemos, del chino T'ao Ts'ien al japonés Su Tung—Po; del indio Sankara al árabe Tarfat; de Omar Khayyam a Job y a Salomón. Hace veinte siglos, los romanos padecían un mal colectivo idéntico al "mal del siglo", que apellidaron "taedium vitae"; en la Edad Media, los hombres, enloquecidos por los terrores del milenio, sufrieron de "acedía", o disgusto por la vida; en los días que corremos, se ha puesto en boga hablar de "satanismo", para referirse a la desadaptación al medio y a la época, de que son víctimas nuestros contemporáneos. ¿Y qué decir de las nefastas influencias, análogas a las anteriores, a las que estuvieron sometidos los hombres durante los siglos VI á VIII de nuestra era?

El mundo era, para aquéllos, abominable, y la vida, antes que un precioso dón, del cual era menester gozar, una carga insufrible. De San Eugenio de Toledo, obispo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

letrado, son estas quejas que compendian la tragedia de toda una época:

"Mundus, ecce nulat aeger et ruinam muntiat,
tempora grata fugantur, ingeruntur pessima,
omnia mala propinquant, et bona praetervolant...

Y en nada ceden a los anteriores, aquellos gritos líricos de amargo nihilismo que dió Leopardi en los desoladores versos de "A sé stesso", que son elocuente documento de la modalidad de un sombrío período de la historia:

"... Or poserai per sempre,
stanco mio cor...
Non val cosa nessuna
i moti tuoi, né di sospiri é degna
la terra. Amaro e noia
la vita, altro mai nulla; e fango é il mondo
t'acqueta omai. Dispera
l'ultima volta. Al gener nostro il fato
non donó che il morire. Omai disprezza
te, la natura, il brutto
poter che, ascoso, a comun danno impera,
el'infinita vanita del tutto..."

Victoriosamente refuta el propio Tamariz Crespo las opiniones del Pbro. Cuesta, acerca del canto sexto del poema, cuando dice, en brillante estudio publicado en la "Unión Literaria", de Cuenca, en marzo de 1917: "Bien podemos decir que somos antípodas (el crítico Dr. Cuesta y el poeta) en el mundo de la psicología pasional. Ud., como ejemplar Ministro del Santuario, vive en la paz del Señor; canta y ora al bienhechor abrigo de la Virtud; contempla la vida y la belleza; las cosas y los hombres al través del mágico prisma del ensueño místico, y acaso, sabe del mundo sólo lo que de él enseñan los libros, que no siempre son copias fieles de la realidad, mayormente cuando tratan de los complicados problemas del *reino interior*... Yo, arrojado en el tráfago del siglo, víctima de todas sus aciagas influencias; autor y actor de breves idilios y dolorosas tragedias,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

conozco, por cruel experiencia, los tormentos del espíritu, las luchas del corazón y las vanidades de la vida. . . Quizá, pues, por esto, no estemos conformes en la apreciación del significado y alcance de "El Vestiglo" de mi poema. . "

Amargamente, pero con honda sinceridad, descubre Tamariz Crespo las turbulencias de su espíritu y las angustias de su corazón, por obra de la adversa e incontrastable realidad, cuando dice:

¿Qué debemos, oh! Siglo, a tus grandezas?
Tu vana luz no ahuyenta las tristezas;
es un ensueño de opio la ventura
que brindas a las almas que padecen,
y cuanto más tus pompas resplandecen,
la noche del dolor es más obscura. . .

Oh! fatal extravío:
huyendo de las penas y el hastío,
cruzamos el vivir, siempre de prisa,
y los frutos de Dios, santos y buenos,
desdeña el corazón, por los venenos
de fúlgidas manzanas. . . de ceniza!

Esto es apenas natural en la humanidad. Y, ¡cosa rara!, es la fuente de su progreso. Tal la virtud de la eterna inconformidad, sin la cual el género humano experimentaría el estancamiento de los pozos mefíticos.

Prosigue el poeta:

En alas del sutil filosofismo
sólo se llega al fondo del abismo.
La dicha es flor de la conciencia sana
que en gozar lo imposible no se empeña;
¡para el que sólo con la dicha sueña,
la ventura asequible siempre es vana!

¡Era tu mal mi mal, oh insano Siglo:
el implacable análisis —vestig'o
que a las almas devora;
la flor de la ilusión mata en capullo;
trueca en lamento el virginal arrullo,
y en noche eterna, la soñada aurora!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

El mal del siglo ahonda y hace estragos en el alma del Poeta, víctima del tedio, del escepticismo, del desencanto que le procura el análisis de todas las cosas. No escapa, — no podía escapar a su influencia— el idilio de su juventud, y hace una cosa que al Pbro. Cuesta le parece estrambótica, embrollada y nebulosa, pero que a nosotros nos ha parecido, por el contrario, algo absolutamente natural y humano sobre manera: abandona a la amada y huye a esconder su fastidio en un campo lejano, como se advierte en el canto séptimo, "Exilio":

. . . me alejé sólo a una región soñada,
dejándola cual huérfana paloma:
¡huí como la noche, cuando asoma,
en su cuadriga de oro, la Alborada!

Fuíme a la vasta selva primitiva,
do la Hermosura, celestial cautiva,
se aduerme bajo el palio de las frondas,
en tálamo de flores,
al arrullo de ignotos ruiseñores
y al himno majestuoso de las ondas.

"Francamente, ni Lucía entendió ni nosotros entendemos el busilis de tan intrincada psicología", dice el crítico ecuatoriano Dr. Cuesta; pero olvida que lo que hace el protagonista de LUCIA ni siquiera es una cosa nueva, menos un despropósito inusitado; que eso lo hemos hecho todos o casi todos nosotros, los seglares, alguna vez en la vida, y que seguramente lo seguirán haciendo quienes vengan en pos nuestra, hasta que la especie se extinga; que aquello ya lo habían realizado no pocos héroes del romanticismo, Chateaubriand, entre otros, como lo asegura el mismo Vizconde en sus "Memorias de Ultratumba", y como lo recordó en su "René", símbolo y síntesis de la neurosis del autor y de su tiempo, y novela considerada por don Marcelino Menéndez y Pelayo, en el tomo V de su "Historia de las Ideas Estéticas en España", como "la quinta esencia de los tósigos morales más homicidas". En fin, que hasta en los libros de Caballerías —(que en algún modo, a pesar de sus extravagancias, copian la realidad ambiente de su tiempo)— desde el Amadís hasta el Quijote, aparecen los caballeros con impulsiones que los llevan a buscar la quietud de las selvas y la paz de los montes, donde tratan de encontrar sosiego para

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sus penas de amor.

Hasta se puede aceptar que Lucía, la cándida muchachita provinciana, recluída en el edén campesino de una hermosa comarca tropical; que Lucía, cuyas ocupaciones cuotidianas reducíanse a cumplir labores hogareñas, a engalanar con flores el oratorio de su casa, y, a la postre, a soñar en el amor de su prometido, no entendiese la razón del abandono de que éste la hizo víctima momentánea. El poeta se cuida muy bien de decirlo así, por cierto que hábil y bellamente:

¿Qué pudo Ella saber de mi martirio?
Enclavada en la cruz de mi delirio,
en su ciego candor, sólo sabía
la ciencia de la rosa y la azucena:
¡ser hermosa, ser buena
y perfumar la mano que la hería!

Pero eso no quiere decir que para el resto de los hombres, menos para los críticos profesionales, la razón del abandono que el amante hace a la amada, en el poema de Tamariz Crespo, resulte un intrincado busilis de imposible solución.

Pero si hay apartes del canto séptimo de LUCIA que son como eco de las razones en las cuales abundan casi todos los poetas del romanticismo, para justificar su conducta ante la vida, los Manfredo y los René, los Rolla y los Obermann, los Werther y los Hernani, que vale decir los Byron y los Chateaubriand, los Musset y los Senancour, los Goethe y los Víctor Hugo:

Nada calmaba mi interior abismo
y, en mi insólita angustia, comprendía,
que, para huir de mi dolor, debía
¡huirme de mí mismo!. . .

Algunos críticos de América, entre otros el poeta y escritor azuayo Manuel Moreno Mora, han afirmado también que el romanticismo que manifiesta Tamariz Crespo en su LUCIA, no es natural, como fruto de la experiencia de la vida, sino artificioso, como producto de la influencia de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ciertas lecturas. . .—¿Por qué?— no lo dice el señor Moreno; pero como entre los literatos a quienes aquél clasifica entre los simuladores de falsos sentimientos, incluye a Chateaubriand, vale decir al héroe de la cruzada romántica, como diría Henri Bérenger, su biógrafo, cabe concluir que los autores románticos, casi sin excepción, inclusive los más eminentes, como el creador de "Atala", son unos mixtificadores, cuyas quejas líricas no son, en modo alguno, fruto de su experiencia de la vida, sino del pernicioso influjo de ciertos libros indigestos.

No nos brinda este prólogo ocasión propicia para impugnar a espacio semejante tesis, aunque el tema nos tienta. Sin embargo, enunciaremos brevemente nuestra opinión a este propósito, comenzando por advertir que el propio autor del poema, en las "Palabras finales" que se leerán en el apéndice de este libro, advierte que LUCIA "no fué ni pudo ser inspirado sino por sentimientos tan hondos como veraces". Y si así no fuese, ¿brillaría el poema por la espontaneidad exquisita de las estrofas, por la lozanía de los pensamientos, por la lucidez de los recuerdos, por la ternura de las evocaciones, , sobre todo, por el patetismo insuperable con el que el poeta llora un amor perdido para siempre, a una bella mujer muerta en la flor de la vida?

Grave error este de atribuir, en todos los casos, a ficticio amaneramiento, la expresión patética de la poesía romántica. Es claro que en no pocas ocasiones, y por obra de mediocres versificadores, encuéntranse obras literarias que encubren mentidas pasiones y falsos afectos, detrás de una palabrería vana, pampanosa y hueca; pero no sería sensato pretender encontrar artificiosos alardes en el fondo de toda queja, arrancada del corazón, por los poetas románticos, dignos de llamarse tales, como Remigio Tamariz Crespo.

Puédese asegurar, por el contrario, que en los días que corremos, nadie, que no sea un bausán de las letras, finge dolores, ni simula penas, ni aparenta íntimas tragedias, ni llora con falsas lágrimas. El dolor y la duda inundan el universo, hacen presa fácil en los hombres todos y no hay quien escape a llevar a cuestas su lote de infortunio. Desde que el mundo es mundo ha corrido ello así, intensificándose la desdicha de la especie a medida que transcurren los siglos, aunque parezca ello una paradoja o un absurdo. Dicen los libros de la sabiduría hebráica que quien acrecienta el saber, también acrecienta el dolor. "El hombre moderno —insinúa Paul Bourget, en la *Physiologie de l'amour moderne*, es un animal que se aburre, y nunca hallará caro el precio de las emociones que le muerden el corazón". . .

El aburrimiento —considerado como una de las características primordiales del *mal del siglo*— ha sido objeto de prolijo y docto estudio de Tardieu, quien demustra que esa lepra del alma corroe sin excepción a los hombres de la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

época presente, cebándose en ciertas víctimas ilustres, como Mme. du Deffand, Chateaubriand, Musset, Hugo, Maupassant, y otros de la laya.

Uno de los intérpretes más cabales del romanticismo, Esteve, en "L'heredité romantique", no vacila en señalar la edad juvenil como fuente de dudas, de luchas, de contradicciones y de desesperanza.

"Cuanto más culta es una sociedad, más triste es su faz", confiesa Eca de Queiroz, en su aplaudido estudio "La decadencia de la risa".

Hay demasiado dolor en el mundo, demasiada tristeza en las almas; gritos de angustia pueblan todos los puntos que señala la rosa de los vientos, para que los poetas de verdad, como Tamariz Crespo, se pongan a fingir pesadumbres, sólo por el pueril prurito de seguir las sugestiones de ciertos libros. No: fuera de unos cuantos despreciables simuladores de ínfima categoría, el dolor que revela la literatura romántica es más verdadero de lo que sería de desearse. Y en el caso de Tamariz Crespo, parécenos que en el armonioso azuayo ha ocurrido lo que expresó Musset en un símil perfecto: que el poeta nos ha ofrendado en LUCIA su propio corazón palpitante, no de otro modo como el pelícano alimenta sus polluelos desgarrándose las entrañas:

". . . Poète, c'est ainsi que font les grands poètes.
Ils laissent s'égayer ceux qui vivent un temps;
Mais les festins humains qu'ils servent à leur fêtes
Ressemblent la plupart à ceux des pélicans.
Quand ils parlent ainsi d'espérances trompées;
De tristesse et d'oubli, d'amour et de malheur,
Ce n'est pas un concert à dilater le coeur.
Leurs déclamations sont comme des épées:
Elles tracent dans l'air un cercle éblouissant,
Mais il y pend toujours quelque goutte de sang. . ."

El final del canto séptimo de LUCIA, "Exilio", es conmovedor: al retiro del poeta, llégale una carta doliente de la amada lejana. Tal un fanal que hubiese irradiado en las sombras, junto a erizados arrecifes batidos por la furia del piélago. Ella obra el efecto natural de sacudir de nuevo las fibras del corazón del amante atediado, haciéndole recordar la pasada felicidad perdida. Renació la esperanza en su espíritu. Sintieron sus ojos la nostalgia del rostro amado y experimentó su viril orgullo el acicate del femenino ruego. Lo expresa hermosamente el poeta:

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Su carta, entonces, me llegó—¡sentida
queja de amor, y eterna despedida!—:
carta en que hallé su corazón herido,
y en cada signo que trazó el quebranto,
una gota de llanto
y de su pecho un virginal latido. . .

¿Puede darse, acaso, cosa más natural que la situación creada por el bardo, para conducir por camino llano la acción del poema? La separación, la ausencia del sér amado —lo saben todos— suele obrar de dos maneras muy diferentes en el humano espíritu: de ordinario viene tras ella el definitivo olvido, pero no es raro que ella constituya, en veces, un incentivo incontrastable para la pasión amorosa, por aquello de que el fruto vedado es el que más nos tienta, o porque las cosas, especialmente éstas de amor, vistas a distancia, cobran irresistible encanto, según lo dijo el poeta cuencano en dos versos afortunados:

¡es como el aire la ventura humana:
invisible de cerca; azul de lejos!. . .

Pondérese y aquilátase la inspiración de Tamariz Crespo para escribir la sentidísima carta de Lucía al amante ausente. Es un caso de adaptación al espíritu femenino, verdaderamente feliz, mediante el cual logra el poeta, darle la mayor naturalidad y el más seductor encanto a la epístola femenina. Diríase que el autor puso en verso las cartas de María a Efraín, en la novela inmortal: tan verdaderas y tan humanas son esas estrofas. Y, como siempre, triunfa el estro de Tamariz, merced a su magistral dominio de la imagen.

Ah! si me vieras!. . . De mi faz llorosa
ha huído del abril la tibia rosa;
con la luz de tu amor, la de mis ojos
y la de mi alma, hasta tu adiós, serena. . .
¡Imagino que soy una azucena
olvidada en un búcaro de abrojos!. . .

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Se ha trocado mi edén en vasto yermo;
mi rosal está enfermo
y no me ofrenda sus capullos de oro
para el altar de mi gentil Madona,
que, tal vez, compasiva, te perdona
cuando a sus plantas, por tu ausencia, lloro.

Yo siento que la vida se me aleja;
quizá te doy mi postrimera queja. . .
No ansío ningún bien; ya nada quiero. . .
Ay! nó: que tornes a mi lado ansío,
ya que no por amor, dulce bien mío,
siquiera por piedad. . . ¡Sálvame o muero!

Tal vez algunos, mal avenidos con las naturales expresiones de la sinceridad poética y esclavizados torpemente por las modernas pseudo escuelas literarias que proclaman el cultivo de lo artificioso, cuando no de lo absurdo, encontrarán quizá demasiado sensibleros y pasados de moda estos versos. Son los tales unos desgraciados, a quienes sólo cabe compadecerlos. Podrían apellidarse aquéllos los Tadeos de la literatura, como existen también los Tadeos de la administración pública: pobres marionetas de cerebro de corcho, incapaces de asimilar una sola idea. Por fortuna su número va haciéndose tan exigüo en el mundo, como el de los elefantes blancos. Porque si bien es cierto que no pocos, dándolas de artistas deshumanizados y de intelectuales sin preocupaciones, suelen expresar en público su desdén por obras, como LUCIA, productos de temperamentos románticos, hondamente sensibles y sensitivos, a sus solas se deleitan leyéndolas, se entristecen y se emocionan, como toda persona que no tenga una bellota en la caja craneana o una Arabia Pétrea allí donde los demás tienen el corazón.

No son sinceros los tales en sus apreciaciones estéticas, como los pilluelos que presumen de hombrecitos pero a quienes aun asaltan los temores infantiles, y cuando se aventuran a andar entre las sombras, no pueden sustraerse a la necesidad de hablar en voz alta para ahuyentar el miedo. Y suele ocurrir que los partidarios decididos del modernismo, abominadores de las viejas escuelas, que se extasían ante los desplantes verbales de Marinetti y ante los logogrifos de Vicente Huidobro, y hacen como que desprecian las obras del corazón, para ser tenidos por espíritus fuertes, ni siquiera entienden una palabra de lo que ellos aplauden en público, pero que, en realidad de verdad, es incomprensible.

El canto final de LUCIA, "Noche obscura", es sencillamente admirable. Con mucha justicia el gran estilista es-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

pañol Ricardo León, al referirse a aquélla, expresó que tenía notas conmovedoras y patéticas, desesperadas y tiernas, que recordaban el celebérrimo canto de Espronceda "A Teresa", en el "Diablo Mundo".

Al apremio ansioso de Lucía, retorna el poeta junto a la amada. Encuéntralo todo muy distinto de lo que estuviera en días remotos de perdida felicidad. Hasta la naturaleza ha cambiado, ostentando fúnebres crespones ahí donde otrora luciera gasas y tules primaverales. Es admirable la manera como el protagonista siente la consonancia del paisaje con su turbado espíritu:

De los cercanos árboles, los vientos
arrancaban rugidos y lamentos;
en la paz del jardín, los surtidores
plañían en murmurios funerales,
y en los mustios rosales
se deshojaban las postreras flores.

Yace Lucía en su lecho de enferma. Seduce aún la belleza melancólica de que se reviste para sus nupcias con la muerte. Junto a ella, el poeta asiste al maceramiento de su propio corazón. Sus ojos advierten cuadros desgarradores: la agonía y la ansiedad cruel de los padres de la niña, el dolor lacerante del hermanito de ella, que en el poema representa el propio papel del niño Juan, en la "María" de Isaacs; luégo la contempla en fúnebre catafalco, cubierta con la inmaculada blancura de todos los lirios campesinos, y, al reparar, por última vez, en la divina belleza de la muerta, dice, amargamente:

creí que a mi ilusión amortajaban,
como al Angel de Asís, las golondrinas...

Y de todo, a la postre, no queda sino, en el cementerio de la aldea, una losa con el nombre de Lucía, sobre la cual desfallecen tristes rosas silvestres, no de otro modo como en la tumba de la virgen caucana, cubierta por las adormideras del Valle.

Hermoso, sin duda, y sentidísimo poema de juventud, éste de Remigio Tamariz Crespo, que vivirá para siempre,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

como preciado florón de la literatura ecuatoriana, tan fecunda y tan brillante en producciones de todo género. Escrito con sinceridad, con emoción, con honda verdad y sin vanos afeites artificiosos, no es extraño que tenga la virtud inapreciable de conmover los corazones. ¡Singular privilegio, que sólo se logra a trueque del sacrificio del propio corazón! ¿Qué mayor gloria puede codiciar un poeta, que la de hacer brotar el llanto de los ojos femeninos; y la de despertar las más recónditas fuentes del sentimiento en los pechos varoniles? Esa la tiene Tamariz Crespo, cuya Musa azuaya, coronada con las guirnaldas más bellas de las patrias montañas, ocupa, para los lectores de América, discreto sitio en el palenque de la poesía, donde comparecen las heroínas del amor desdichado: María, Graciela, Virginia, Angelina, Mireya, LUCIA...

IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO.

Quinta LOS ROBLES. (Colombia)

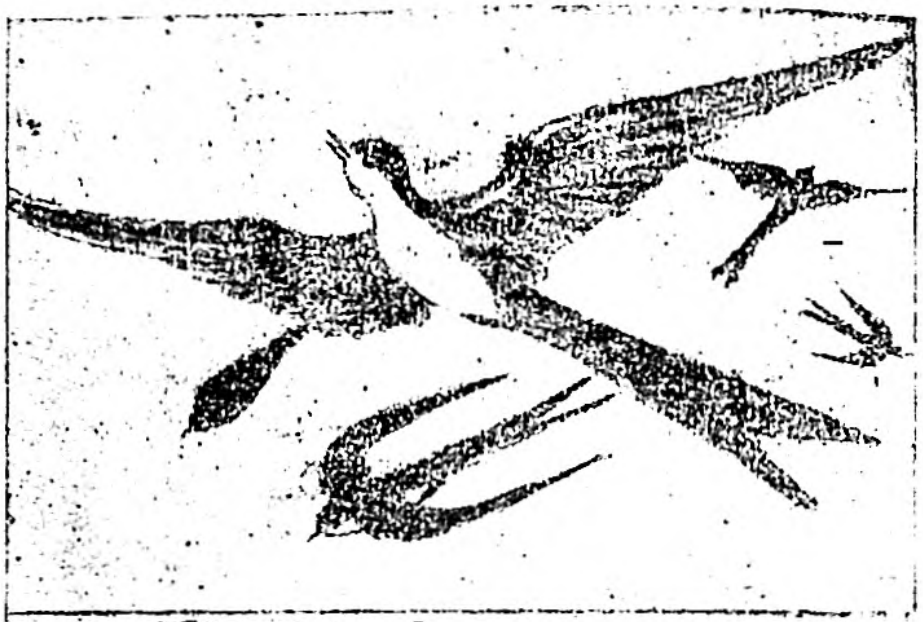
Diciembre de 1941.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

CANTO PRIMERO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo



RECUERDO - I

LVCIA.

POR

REMIGIO·TAMARIZ·CRESPO.

ILVSTRÓ·HÉCTOR·SERRANO.

en Cuenca·1939.

La última golondrina
que en ignotas riberas peregrina,
retorna al valle de su bien testigo,
y todo encuentra en soledad y duelo...

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

RECUERDO

La última golondrina
que en ignotas riberas peregrina,
retorna al valle de su bien testigo,
y todo encuentra en soledad y duelo:
yermos los campos, nebuloso el cielo
y en ruina el muro que prestóle abrigo.

Y ve, en su torno, a las demás, hurañas,
aves dichosas, a su pena extrañas,
no oyen el trino en que piedad implora,
y ante ella vuelan en canoro bando,
y la hallan siempre, su orfandad llorando,
la tarde triste y la risueña aurora:—

¡Así el Recuerdo de mi amor primero:
desde el erial donde olvidado muero,
tiende las alas a mi edén perdido,
y halla el hogar desierto y enlutado,
mustio el jardín, el valle desolado
y haces de abrojos....donde fue su nido....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

En torno de El, recuerdos venturosos
pasan cantando, en giros armoniosos,
y él, sin consuelos, glorias ni futuro,
a su medrosa soledad les llama,
y vanamente compasión reclama
desde el abismo del pasado obscuro.

Y a nadie apena su destino triste;
¡cuán impasible todo lo que existe:
el cielo en que se pierden sus clamores;
la tierra que de lágrimas anega;
la noche o el albor que en vano llega
a envolverle en tinieblas o fulgores!

¡Y, de mi culpa vengador eterno,
me arrastra al carmen que asoló el invierno,
y me entrega al dolor del bien perdido;
de la herida conciencia a la venganza;
al martirio de amar sin esperanza,
y luchar con la muerte y el olvido!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ah! si dejar pudiese en mi Poema
la flor de mi alma, mi pasión suprema,
a que en el ritmo del dolor perdure
siquiera un lampo de mi ensueño de oro,
y acaso viva la ilusión que lloro
más que en el tiempo mi tormento dure!....

—¡Aves cuitadas, fuentes escondidas,
que pobláis de cadencias doloridas
la paz del huerto, la heredad desierta;
río que gimes en su margen sola,
dad vuestra voz a esta alma que se inmola
en el calvario de la dicha muerta!....

Así podría, oh! flor de mi alborada,
fugaz cuanto adorada,
consagrar a tu amor mi último canto
y hallar la gloria que en mi duelo ansío:
¡irme a tu lado, compartir tu frío,
y, evocando tu adiós, "morir de llanto"!....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Oh! lago de ilusión, cuyas riberas
decoran madreselvas y moreras;
márgenes do me rindo a la agonía
de amar el muerto bien, y vago a solas....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

CANTO SEGUNDO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

LA HEREDAD

En la meseta que domina el valle,
de un saucedal al fin de umbrosa calle,
se levanta el hogar de limo y piedra,
en cuyos grises, imponentes muros
"entrelazan sus vástagos obscuros"
la pasionaria y la amorosa yedra.

Mansión primaveral, llena de encanto,
donde es mansa la pena, el amor santo,
huésped eterno Dios, las dichas ciertas
y en cuyas tibias, plácidas estancias
percibe el alma no sé qué fragancias,
quizás efluvios de venturas muertas....

Bajo la sombra de árboles añosos
se esquiva de los rayos ardorosos
de los estivos meses,
y desde los antiguos ventanales
se contemplan los huertos de frutales,
la sierra, el río y ondeantes mieses.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

El patio, allá, limitan
las mansiones vetustas donde habitan
del amo patriarcal los servidores,
y acá el Melado do, rendida al yugo,
la yunta exprime de la caña el jugo
entre fúlgidos bronces chirriadores.

Cerca, luce el jardín su gala eterna;
allí, la nieve del jazmín alterna
con la viviente grana de las rosas,
y de la luz cautivan los encantos
amancayes, claveles y amarantos,
lirios de argento y castas tuberosas.

En plena soledad, medra lozano
el rosal de oro que plantó su mano,
y al ver sus flores dehojarse solas
al soplo de las auras campesinas,
¡siento en el alma todas las espinas
que defienden en vano a las corolas!

—¡Huérfanas flores, mi ilusión ausente
perdura en vuestro aroma confidente!
Ornásteis su hermosura sin mancilla,
¡y os eclipsaron las mejillas de Ella,
que acaso mora en la primer estrella,
porque, desde su adiós, más pura brilla!....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Cruzan el huerto plácidos senderos
que bordean duraznos y limeros,
chirimoyos, perales y granados
y —mágico tesoro
del valle tropical— naranjos de oro
de nupciales guirnaldas coronados.

Los cañaros con flores como llamas,
los aguacates de opulentas ramas,
las magnolias de frondas esparcidas,
cuyas flores de espléndida blancura
semejan del follaje en la espesura
palomas adormidas.

En la cumbre de próxima colina
refulge el lago de agua diamantina
que, cuando llega el abrasante otoño,
derrama su caudal en las praderas
y brinda a las marchitas sementeras
esmeralda y frescura de retoño.

—Oh! lago de ilusión, cuyas riberas
decoran madreselvas y moreras;
márgenes donde siento la agonía
de amar mi ausente bien, y vago a solas,
ansiando ver su imagen en las olas,
como en el alba de la gloria mía!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Partiendo el valle, senda dilatada,
por sauces y eucaliptos sombreada,
conduce en sesgo curso al hondo río
que rompe en rudos cánticos triunfales,
reverberando en límpidos cristales
las pompas de los cielos del estío.

En las faldas de cúspides azules
tienden los riegos argentados tules,
anúblase lo alegre del paisaje
y errabundas vacadas,
en la paz de las tardes y alboradas,
rugen de celo y de furor salvaje.

Abajo, de la pampa la hermosura,
donde, esmaltando de oro la verdura,
se yergue airosa la amarilla caña,
preciado don de la fecunda tierra
que en aúreas copas, generosa, encierra
toda la miel de su materna entraña.

El arverjal de flores salpicado;
el tupido maizal empenachado;
el undoso alfalfar, y los trigales
cuyas blondas espigas,
del bien del hombre y del Señor amigas,
condensan los fulgores estivales.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Y, bajo el alisar de opacas frondas,
el Paute azul, de turbulentas ondas,
que azota de la margen los taludes
y avanza por el valle dilatado,
de espumas coronado,
entre coros de armónicos laúdes.

Capulíes de verdes y áureas hojas
lucen doquier racimos de uvas rojas,
dulce codicia de aves y pastores,
y, en eriales, vallados y colinas,
las ágaves de entrañas nectarinas
al viento baten su pendón de flores.

Desde lo alto de setos y barrancas,
el agreste moral de flores blancas
la tierra con sus pétalos alfombra,
y, en pomposas ringleras, los olivos,
desbordando los vástagos altivos,
convidan a soñar bajo su sombra.

Los molles que ornan la arenada senda
dan al suelo en ofrenda
frutos que fingen sanguinoso rastro,
y, en peñascales y riscosas faldas,
ostenta la aguacolla sus guirnaldas
de estrellas de alabastro.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Oh! valle de mis sueños de ventura,
en tu seno se aduerme la Hermosura
y te viste de flores Primavera;
te canta el ave en su argentino idioma
y, en vario acento, el agua que se aroma
en el hierbabuenal de la pradera!

Los chirotes, alondras serraniegas
que pueblan de himnos las azuayas vegas,
de las mieses en flor y del barbecho,
en parábola airosa se levantan
y en el espacio azul, alegres, cantan,
luciendo al sol la púrpura del pecho.

Junto al nido que esconde en la espesura,
plañe, en golpes de arrullo, su amargura
la tórtola infeliz, cuya existencia
acechan por doquier los cazadores,
y por ello, aun si canta sus amores,
preludia su orfandad o eterna ausencia.

Oculto en las retamas del otero,
su honda veloz restalla el pajarero,
y, como chispas de dorada pira,
surge de los trigales la miriada
de jilgueros, y vuela a la enramada
que se transforma, por encanto, en lira.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Quizá del paraíso peregrinas,
las inquietas, alegres golondrinas
de negras alas y argentado pecho,
revuelan sobre el campo, entre el celaje,
trinan en el boscaje
y son cual flores de la cruz del techo.

Donde ostentan las flores sus carmines,
el picaflor, Don Juan de los jardines,
luce el peto de azul, oro y topacio,
y, por la sed de amor enloquecido,
liba, temblando, el néctar escondido,
y, cual flecha de luz, cruza el espacio.

Discurre el mirlo, a saltos, por el llano,
y huye, chillando, al matorral cercano;
da IN CRESCENDO su queja el triguerillo,
y, en la playa en que la onda se golpea,
el ceniciento cuerpo balancea,
en sus frágiles zancas, el patillo.

Pirata de los aires y el boscaje,
del umbroso gomero en el follaje,
se oculta el gavilán para el acecho,
y, en el alto nogal de frutos rico,
el calvo cuervo, con el corvo pico
lustra las plumas del cetrino pecho.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Y doquier el paisaje y la hermosura
del monte, del alcor y la llanura,
en áurea luz bañados,
bellos y alegres cuando el día empieza,
y heridos de nostalgia y de tristeza
cuando llora la tarde en los collados.

—¡Tierra de amor y paz, fúlgidos cielos,
cómo evocáis mis dichas y mis duelos!
¡Insulta a mi dolor vuestra alegría,
a vuestra luz, reanímase mi pena
y de visiones de terror se llena
la soledad de la existencia mía!....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

CANTO TERCERO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Le dió el alba el carmín de sus fulgores!
el campo, su frescura y sus aromas,
y fueron sus hermanas las palomas
y amó con la inocencia de las flores.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

LUCIA

NO cual la rosa altiva y hechicera,
que en el jardín impera
y en búcaros dorados resplandece;
fue cual azul, humilde sensitiva,
que cierra el cáliz a la luz estiva
y en la paz del olvido languidece.

Lejos del vano, mundanal ruído,
tuvo en la agraria soledad su nido.
Le dió el alba el carmín de sus fulgores;
el campo, su frescura y sus aromas,
y fueron sus hermanas las palomas
y amó con la inocencia de las flores.

Los negros rizos, en cascada undosa,
enmarcaban la faz de nieve y rosa;
su dulce faz, donde eran los sonrojos
celeste irradiación de la belleza,
a la que daba una ideal tristeza
la noche luminosa de sus ojos.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Suscitaba nostalgias celestiales
la euritmia de sus formas virginales.
Tímida ¡hasta la luz! besó su frente,
y había de su voz en el encanto
algo de trino, de oración y canto
que adormía las almas blandamente.

De la ciencia de amor, sólo sabía
que halla la dicha quien en Dios confía;
que el amor a la Virgen consagrado
encuentra perennal noche de bodas,
y, por ello, en su altar murieron todas
las flores de oro del rosal amado.

En el altar sencillo,
al que el sol de la fe dábale brillo,
estaba la Madona Dolorosa
con el rostro de lágrimas bañado
y el corazón, de hierros traspasado....
¡Siempre que ELLA la vió, la vió llorosa!

En la vida feliz de la alquería,
era como su sombra la alegría.
Vistió de blanco, para ser más bella,
porque un día le dije:—La blancura
idealiza, a mis ojos, la hermosura
de la flor, de la virgen y la estrella.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Tenía un rubio, ternezuelo hermano,
que era de sus ternuras soberano,
y siempre que él fingíale desvíos,
le besaba, mirándome a los ojos,
por causarme tal vez celos y enojos,
prodigándole besos....que eran míos.

Juzgando ofrenda que ELLA codiciaba,
implumes pajarillos le ofrendaba
de los rapaces la caterva impía.
Cuidaba ELLA las aves con anhelo
y, cuando ya les era dable el vuelo,
la puerta de la jaula les abría.

Confidente de tímidas zagalas,
las ornaba en las fiestas con sus galas
y con rosas y lirios de su huerto.
Era el Angel de Asis de los aldeanos,
que hallaban caridades en sus manos
y a la piedad su corazón abierto.

Placíanle la siega de trigales;
la cosecha de ubérimos maizales;
de las éras la alegre algarabía;
la ruidosa molienda, y la besana,
y, ante ELLA, siempre, la falanje indiana
duplicaba el esfuerzo y la osadía.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Era un encanto en el tragín casero,
en la margen del lago del otero
y en la ansiada vendimia de frutales,
cuando ELLA, entre los frutos hacinados,
tenía, ante mis ojos extasiados,
de Ceres los hechizos inmortales.

Ignorante del mundo y sus venturas,
sólo el cáliz del bien le dió dulzuras,
y guardó, cual del Cielo recibiera,
la limpidez de la conciencia en calma,
las azucenas del jardín del alma....
¡Y yo la ví llorar....por vez primera!....

¿Cómo pude encontrarla en mi camino,
y unir mi infausta suerte a su destino?....
¡Del ritmo y la pasión la áurea saeta
hirió el estambre de la casta rosa:
por ley bendita, guarda toda hermosa
su más dulce ilusión para un poeta!

La conocí una tarde en LA FLORIDA,
aldehuela entre riscos escondida.
Fue, para mí, la codiciada estrella;
el bien siempre distante y suspirado;
mi única realidad de lo soñado,
y el corazón me dijo:-¡Amala!.....Es ELLA!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Sin las artes de amor, sencilla y buena,
se rindió del ensueño a la cadena.
De mi pasión al férvido reclamo,
en ritmo virginal, cual un murmullo
que fuese a un tiempo súplica y arrullo,
toda rubor la faz, díjome:—¡Te amo!

¡Y aquel himno de gloria y de ternura
pude oír, sin morirme de ventura!
¡Morir entonces! ¡cuán gloriosa palma
hubiese sido para esta alma herida:
hoy no estuviera en soledad mi vida,
ni ELLA, tan lejos, ni en martirio mi alma!....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Recuerdos que el dolor ha consagrado:
Ella, tierna y feliz, siempre a mi lado,
era mi luz, mi gloria y alegría.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

CANTO CUARTO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

PRIMAVERA

ERA el plácido mes: el dulce Mayo;
de su fecundo sol el vivo rayo
irisaba las flores;
tules de oro prendía en las colinas,
y avivaba en las almas las divinas
nostalgias del Amor de los Amores.

La vida en la alquería
en místicos anhelos florecía
y, en la oración volaba a lo infinito.
Eran los valles lagos de verdura,
y estaba ELLA radiante de hermosura,
y en primavera, nuestro amor bendito.

La piedad del hogar, ¡cuán grande entonces!
La familia, al reclamo de los bronces,
al Oratorio próximo acudía,
donde en trono de luces y de rosas,
la Reina de las almas dolorosas,
olvidando sus penas, sonreía.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Y resonaban con alterno encanto
la plegaria y el canto
que oía Dios, tras mares de arreboles.
¡Y cómo allí no bendecir al Cielo,
que a las almas da amor, mieses al suelo,
flores al carmen y al espacio soles!

De Lucía en los ojos descifraba
la oración de su espíritu: -imploraba
que fuese eterno y grande mi cariño....
¡Y yo también, a la piedad despierto,
mi voz unía al místico concierto,
con las ternuras de mi fe de niño!

¡Impetrábate, oh! Reina de clemencia:
amparo para el bien de mi existencia;
con el amor de mi adorado dueño,
la dicha en la quietud de la montaña,
donde nos dé su sombra una cabaña
y la lira, los ritmos del ensueño!

Recuerdos que el dolor ha consagrado:
ELLA, tierna y feliz, siempre a mi lado,
era mi luz, mi gloria y alegría.
Confidentes de amor sus ojos fueron;
no los labios: sus ojos me dijeron
que esa alma angelical fue sólo mía....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Las tardes, cabe límpidos arroyos,
debajo de floridos chirimoyos,
leíamos MARIA y GRACIELA,
idilios de pasión y desventura
que arrancaron diamantes de ternura
a sus profundos ojos de gacela.

O ya, a la margen del tremante lago,
de las brisas del valle al tibio halago,
le hablaba del futuro presentido;
del amor en la paz de la alquería,
y, suspirando, quedo, me decía:—
Las dichas que tú sueñas....yo he sentido....

Una tarde, en la linfa tembladora
vi copiada su imagen seductora,
y la imploré:—De esa agua en que escintila
tu célica hermosura,
dame a beber la mágica dulzura,
y apagaré la sed que me aniquila.

Y en su diestra, cual copa de alabastro,
recogió esa agua, llanto de algún astro,
y a la codicia la ofreció de mi alma,
y cuando la agoté con ansia ardiente,
oprimieron mis labios dulcemente,
en un beso sin fin, la nívea palma....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Solía, del jardín tras los rosales,
y en el campo, en los áureos retamales,
ocultarse —¡inocente devaneo!—,
y, al pasar, dando un grito, me asustaba
¡y que júbilo inmenso la embargaba
cuando cumplía su infantil deseo!

Fingí un día no verla
para frustrar su intento y sorprenderla.
Cogí las flores de una rama hermosa;
llegéme cerca de ELLA cautamente,
¡y, dando el grito yo, lancé a su frente
una lluvia de pétalos de rosa!

Dio un salto de gacela sorprendida
y miróme entre airada y afligida.
¡Qué gozo al verla así, por vez primera,
esquiva, toda trémula y turbada,
con su beldad de pétalos bañada,
convertida en rosal de primavera!

¡Aún me embelesa el celestial encanto
de su argentino canto!
Adoraba la santa Poesía,
y en fulgores de gloria me inundaba
cuando su dulce voz idealizaba
los tristes himnos de la lira mía.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

En veces, sin tener penas ni enojos,
se colmaban de lágrimas sus ojos,
y yo la interrogaba:—¿Qué te hiere?
¿Qué secreto, tu amor guarda escondido?....
—Es nada— me decía en un gemido:
¡así es el corazón....cuando se quiere!

¿Qué cruel presentimiento
nublaba el cielo azul de su contento?
¡En la estación feliz, era, Dios mío,
la ráfaga que anuncia el rudo otoño
que ensáñase en el tímido retoño
y vierte de las flores el rocío!....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

La música gemía sollozante,
como brisa distante
que hace ondular los árboles floridos...

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

CANTO QUINTO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

PRESAGIOS

AUNQUE de amor la plenitud sentía,
un secreto dolor me entristecía....
¡Ya no era mi existir lago sereno,
sino mar, de las trombas en espera:
iba trocando una deidad artera
el néctar de mi cáliz en veneno!

¡Cuán honda la inquietud de mi conciencia!
Sentía del Ensueño la dolencia:
me asediaba doquier visión divina,
brindándome su amor y arcanas glorias,
y, al pensar en las dichas ilusorias,
la ventura real me era mezquina!....

Al tender al futuro la mirada,
veía una planicie desolada
y a ELLA, errante entre brumas y zarzales,
bajo la cruz de la ilusión perdida,
plañendo los martirios de la vida
sin amor, sin venturas ni ideales....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Y pensaba: -La dicha más hermosa
es cual una irisada mariposa,
bella....para el afán que no la alcanza,
pues, cuando se cautiva su tesoro,
de las alas se esfuma el polvo de oro,
y en dolor se convierte la esperanza....

¡Y colmó mi locura
su corazón, de llanto y amargura!
¡Esquivé de su aurora los reflejos;
agosté de su amor la flor temprana:
es como el aire la ventura humana:
invisible de cerca; azul de lejos!....

En mi ansiedad -¡perdón, luz de mi vida!-
soñé mirarla por la muerte herida,
a que su amor, en sueño convertido,
viva en eterna y santa primavera,
y en mi espíritu impere, como impera
el encanto inmortal del bien perdido....

Una tarde, del lago en las orillas,
de palidez cubiertas las mejillas,
me dijo, con acento de reproche:—
En la sombra invasora,
muere la luz que los espacios dora....
Yo soy aquel fulgor, y tú, la noche....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Al áureo resplandor del horizonte,
la Luna, que surgía tras el monte,
dio esmaltes de alabastro en la laguna,
y coronaron de mi amor la frente
las caléndulas de oro del poniente
y los lirios de argento de la Luna.

—¡Quiero una dicha incógnita, imposible!
-pensé entonces.-¡Si amor fuese inasible
como el iris fugaz; si nunca fuera
propicio al ciego delirar humano;
si su tesoro se implorase en vano,
y jamás, al llamarle, respondiera:

sería menos cruel el mal que lloro
y eterna la ilusión con que la adoro!....
¡Lo distante, lo que huye sólo encanta;
cautiva, la ventura que se anhela
es triste filomela
que, por soñar en otro edén....no canta!

¡Gozar de excelso bien mi amor ansía,
en un bosque de luz, todo armonía,
donde esplendan, perennes, las auroras,
y no siga al placer la desventura
y canten nuestra idílica ventura,
cual un coro de Oceánides, las Horas!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ella, inocente flor de la montaña,
halló un enigma en mi pasión extraña....
¡Sólo pudo saber que ya el encanto
de su esperanza y mi ilusión huía,
y mi insana inclemencia maldecía
en el idioma seductor del llanto!....

La atormenté en esa hora de extravío
con el presagio cruel de mi desvío....
¡Mas cuando ví su faz adolorida
y el raudal de sus lágrimas callado,
con qué inmenso placer hubiera dado
por su bien y su paz, toda mi vida!

Contra mi pecho la estreché anhelante,
y le dije, cuitado y suplicante:—
¡Que nos consuele, amor, la Poesía;
endulce su ternura nuestro llanto:
oye, Lucía, de Musset el Canto
a su inmortal amada.... y a la mía!

"Amigos, cuando muera,
plantad un sauce en la mansión postrera;
amo su triste, pálida verdura;
de sus frondas la sauda funeraria,
y en la paz de mi huesa solitaria,
propicia me será su sombra oscura.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Una noche de Abril, tranquila y bella,
estábamos los dos. Al lado de ELLA
me senté. Sobre el clave, el alba frente
inclinó triste, y al marfil sonoro
la blanca mano hirió, y acordes de oro
poblaron de armonías el ambiente.

La música gemía sollozante,
como brisa distante
que hace ondular los árboles floridos
con ritmo sosegado.
cual si temiera, en el frondal callado,
despertar a los pájaros dormidos.

De la apacible noche la frescura,
flotante en ondas de fragancia pura,
las almas embriagaba.
En el parque, los álamos umbrosos
movían los ramajes quejumbrosos,
¡y el nocturno silencio nos cantaba!

Por los altos postigos entreabiertos,
traía el aura afluvios de los huertos;
el viento estaba mudo; en las praderas
todo, en profunda soledad, dormía.
¡y en nuestros corazones esplendía
la aurora de las quince primaveras!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

A Lucía miré, pálida y bella,
cual la primer estrella;
luego, su faz tiñeron los sonrojos;
miró los astros con doliente anhelo,
¡y, mejor que las aguas, copió al cielo
el azul fulgurante de sus ojos!

Iluminó mi vida su hermosura;
la amaba a ELLA, no más, con pasión pura
y, como ensueño virginal, serena.
¡Con qué santa ternura la quería!
Amarla como a hermana presumía:
¡era tan dulce, sensitiva y buena!

En mi diestra ardorosa
aprisioné su mano temblorosa.
Los blancos sueños de su vida en calma
vi pasar de sus ojos por el cielo,
¡y aprendí entonces cómo alivia el duelo
la primavera del amor y el alma!

Brilló la Luna sobre la alta cumbre,
y a mi adorada la envolvió en su lumbre.
¡Y la vi presa de ansiedad doliente;
volvió a mirar los ámbitos sombríos
y, al fin, copiándose en los ojos míos,
con angélica voz, cantó, sonriente!....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¡Armonía! ¡Armonía!....¡Hija sagrada
del Ensueño y la Pena, codiciada
por el supremo amor; Numen divino
te ofrendó a Italia, a donde descendiera
de la celeste esfera,
por cantar en su acento peregrino!

Eres el dulce, placentero idioma
del ruiseñor, del aura y la paloma,
que las deidades al mortal ofrendan;
único que de amor muestra los cielos;
"sin desgarrar sus velos
ni exponerlo a miradas que lo ofendan"

Nadie comprende lo que siente y dice
púdica virgen que al amor bendice,
oh! Armonía, en tus ritmos seductores
y arcanos cual los ángeles que adoran
el tierno corazón en donde lloran
del ensueño los tristes ruiseñores.

Contemplar sólo pueden nuestros ojos
las lágrimas, encantos y sonrojos;
lo demás, queda oculto en las entrañas,
en la Castalia azul del sentimiento,
cual en lo ignoto, el cántico del viento,
de las olas, la noche y las montañas...

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Miró a Lucía....De su voz los sones
estremecían nuestros corazones....
Sobre mi pecho, la gentil cabeza
inclinó sollozando....¿Qué sentía?
¿La aflicción de Desdémona la hería
o de olvido el presagio y la tristeza?....

Dejó, serena, que en su labio frío
dé un beso a su dolor el labio mío....
¡Pálida, triste, virginal y hermosa,
oh! de mi alba de amor, cándida estrella,
cual te miró mi amor la noche aquella,
días después, llevárante a la fosa!....

¡Y allí «¡crueldad del Cielo!» pude verte
sin que nos junte el dardo de la Muerte!....
¡Suave caricia de fulgor de Luna,
dulce como tu vida y casto ensueño,
fué, rosa del edén, tu último sueño,
y de vuelta al Señor fuiste en la cuna!....

Santo hogar de mi bien, cielos de armiño,
trovas, sueños de amor, risas del niño,
y tú, gentil, desconocido encanto,
a cuyo influjo el corazón palpita
y tembló Fausto al ver a Margarita,
¡ya, en vez de mi canción, tenéis mi llanto!...

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¡Paz, paz profunda a tu alma y tu memoria,
Lucía, flor de mi llorada gloria!...
¡Ya nunca más tu alabastrina mano
revolará sobre el marfil sonoro,
poblando el aire de cadencias de oro
en las diáfanas noches de verano!....

° ° °

Amigos, cuando muera,
plantad un sauce en la mansión postrera.
Amo su triste, pálida verdura;
de sus frondas la cauda funeraria
y, en la paz de mi huesa solitaria,
propicia me será su sombra oscura....

A fin de que guarde mayor armonía con la índole de nuestro Poema, no hemos traducido, sino parafraseado, quizá muy libremente, la admirable LUCIA de Alfredo de Musset.— N. del A.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

En nuestro torno, vemos el abismo
que persiguió a Pascal; un paroxismo
del dolor, es la dicha que gozamos.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

CANTO SEXTO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

EL VESTIGLO

QUE debemos, oh! Siglo, a tus grandezas?
Tu vana luz no ahuyenta las tristezas;
es un ensueño de opio la ventura
que brindas a las almas que padecen,
y cuanto más tus pompas resplandecen,
la noche del dolor es más obscura.

A la luz de la Ciencia,
se ve la vanidad de la existencia.
Llora el Arte el dolor de lo finito
o en los antros del mal el ala agita,
¡y hasta la Fe bendita
nos agrava las almas de infinito!....

En nuestro torno, vemos el abismo
que persiguió a Pascal; un paroxismo
del dolor, es la dicha que gozamos;
la vida es una sombra atormentada;
el amor, LA PASION IMPRECISADA
¡y no sabemos nunca a dónde vamos!....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Presiden en las almas la Anarquía,
la Duda y la Inquietud; la fantasía,
ciega, y audaz, y sin gobierno, trepa,
por agrias cimas, a región obscura,
y nos lleva al través de la espesura,
como el bridón que destrozó a Mazepa.

Y, hallando todo tenebroso y vano,
perseguimos un bien, siempre lejano;
el bien que nunca puede hallar el hombre,
y, en ansia cruel y delirar profundo,
nos forjamos un mundo
que tiene del real tan sólo el nombre.

Oh! fatal extravío:
huyendo de las penas y el hastío,
cruzamos el vivir, siempre de prisa,
y los frutos de Dios, santos y buenos,
desdeña el corazón, por los venenos
de fúlgidas manzanas....de ceniza!....

En las alas del sutil filosofismo
sólo se llega al fondo del abismo....
La dicha es flor de la conciencia sana
que en gozar lo imposible no se empeña;
¡para el que sólo con la dicha sueña,
la ventura asequible, siempre es vana!....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¡Era tu mal, mi mal, oh! insano Siglo:
el implacable análisis —vestiglo
que a las almas devora;
la flor de la ilusión mata en capullo;
trueca en lamento el virginal arrullo,
y en noche eterna, la soñada aurora!....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Su carta, entonces, me llegó —¡sentida
queja de amor, q' eterna despedida! ...

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

CANTO SEPTIMO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

EXILIO

QUE pudo ELLA saber de mi martirio?
Enclavada en la cruz de mi delirio,
en su ciego candor, sólo sabía
la ciencia de la rosa y la azucena:
¡ser hermosa, ser buena
y perfumar la mano que la hería!

Mas no le hice apurar, compadecido,
las heces de la copa del olvido:
me alejé sólo a una región soñada,
dejándola cual huérfana paloma:
¡huí, como la noche, cuando asoma,
en su cuadriga de oro, la Alborada!

Fuime a la vasta selva primitiva,
do la Hermosura, celestial cautiva,
se aduerme bajo el palio de las frondas,
en tálamo de flores,
al arrullo de ignotos ruiseñores
y al himno majestuoso de las ondas.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

De aquellos bosques plácidos en medio,
soñé encontrar a mi dolor remedio,
hermanando mis penas matadoras
a la paz de la gran Naturaleza,
viendo irradiar en mi alma su belleza,
cual, en la noche, una irrupción de auroras.

Como René, por la extensión desierta,
discurrí errante, con el alma muerta
y ajeno de las selvas al encanto....
¡Qué de veces mi queja desgarrada
turbó del bosque la quietud sagrada,
y recogió la soledad mi llanto!

No encuentra el corazón consuelo y calma
en las cosas sin alma....
Nada colmaba mi interior abismo
y, en mi insólita angustia, comprendía
que, para huír de mi dolor, debía....
¡huírme de mi mismo!....

Me era el bosque un inmenso cementerio;
un presagio de muerte, su misterio;
una elegía, el himno que entonaba;
su paz, la paz funérea del Calvario,
y su hermosura, fúlgido sudario
sobre mi corazón que agonizaba....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Cruzó entonces la noche de mi vida,
cual meteoro, la ilusión perdida,
y soñé, delirante, en los reflejos
de mi estrella lejana:
¡es como el aire la ventura humana:
invisible de cerca; azul de lejos!...

La ausente luz iluminó mi cielo
con albores de paz y de consuelo;
sosegóse el turbión de mi amargura
y comprendí que hay dichas con dolores
más dignas del amor, que los amores
sin aflicción, de la ideal ventura.

Su carta, entonces, me llegó—¡sentida
queja de amor, y eterna despedida!—;
carta en que hallé su corazón herido,
y en cada signo que trazó el quebranto,
una gota de llanto
y de su pecho un virginal latido.....

"Desde que ausente estás, vivo muy triste,
porque me habla de olvido cuanto existe:
el lago azul, a mis ensueños grato;
el huerto, la alquería, el valle, el río....
¡Y a veces, en doliente desvarío,
te digo, a mi pesar:—¡Ingrato! ¡ingrato!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¿Sabes, acaso, lo que mi alma ignora:
que se puede olvidar lo que se adora?....
Creer que el sentimiento
no es el calvario de las almas buenas;
que, junto a la ilusión, mueren las penas,
y que nunca el amor es un tormento.

Ah! si me vieras!.... De mi faz llorosa
ha huido del Abril la tibia rosa;
con la luz de tu amor, la de mis ojos
y la de mi alma, hasta tu adiós, serena....
¡Imagino que soy una azucena
olvidada en un búcaro de abrojos!....

Por donde voy, tu sombra me persigue,
y nunca mi dolor quietud consigue.
Demando al Cielo mi ilusión perdida,
y ni el Cielo a mis súplicas accede....
Ay! cuán pronto, me enseñas que se puede,
sin propia culpa, maldecir la vida!....

Se ha trocado mi edén en vasto yermo;
mi rosal está enfermo
y no me ofrenda sus capullos de oro
para el altar de mi gentil Madona,
que, tal vez, compasiva, te perdona
cuando a sus plantas, por tu ausencia, lloro.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Ya siento que la vida se me aleja;
quiza te doy mi postrimera queja....
No anoio ningún bien; ya nada quiero....
Ay! nó: que tornes a mi lado anoio,
ya que no por amor, dulce bien mío,
siquiera por piedad!.... ¡Sálvame o muero!"...

¡Sentí todo el horror de mi locura;
codicié, como nunca, mi ventura,
y me alejé del bosque en rauda huída,
sintiendo no ir, como Mazepa, atado
a un corcel desbocado,
y, en la maraña, destrozar mi vida!...

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

¡Y allí, en el fondo de una estancia oscura,
también la flor de mi alma y mi ventura
se deshojaba al soplo de la Muerte!....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

CANTO FINAL

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

NOCHE OSCURA

VOLVI ¡cuán tarde! al nido abandonado;
todo hallé en él doliente y enlutado:
cual palio inmenso de crespón, el cielo;
muda y en soledad la pradería;
en las auras, cadencias de elegía,
y en mi pensil de amor, sombras de duelo.

De los cercanos árboles, los vientos
arrancaban rugidos y lamentos;
en la paz del jardín, los surtidores
plañían en murmurios funerales,
y en los mustios rosales
se deshojaban las postreras flores.

¡Y allí, en el fondo de una estancia oscura,
también la flor de mi alma y mi ventura
se deshojaba al soplo de la Muerte!
¡Rosa de luz del yermo de la vida,
por la inclemencia del amor herida,
ay! cómo, sin morir, pude perderte?....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

La hallé en el lecho del dolor, aún bella,
cual en cielo invernal, tímida estrella,
y olvidando, piadosa, mi desvío,
los mustios labios desplegó sonriente,
¡y fuéme su sonrisa más doliente
que su agonía y mi orfandad, Dios mío!

Ví en su faz esa albura dolorosa
que recuerda lo blanco de la losa....
¡No era ya de la tierra su hermosura,
ni eran ya para mí sus atractivos,
pero en sus ojos, como nunca, vivos,
encontraba mi amor su NOCHE OSOURA!

¡No quiso entonces mi pasión perderla,
y a la Muerte reté y ansié vencerla!
¡Fué en vano: la Justicia Soberana,
por castigarme, la llevó a su cielo,
y al fin halló mi delirante anhelo
la ilusión inmortal....siempre lejana!

Ví, junto a ELLA, dolores y extravíos
tan grandes y profundos cual los míos.
¡Con qué ansiedad y espanto
la madre de su amor la contemplaba;
para llorar su adiós, no le bastaba
toda su sangre convertida en llanto!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Su anciano padre, en actitud serena,
se entregaba al embate de la pena.
¡Qué horribles son las cuitas silenciosas!
De hinojos, ante un Cristo agonizante,
oraba sollozante,
con la faz en las manos temblorosas.

El angelillo blondo era un tormento:
presentábase allí cada momento
a llamar a su hermana con gemidos;
cual dos alas, los brazos le tendía,
y, como no le oía,
lanzaba penetrantes alaridos....

Cual despertando de medroso sueño,
vi todo en mi redor, con loco empeño.
¡Cuán tétrica la estancia funeraria
en la que yace un sér idolatrado;
no es más oscuro, y frío, y desolado
el fondo de una huesa solitaria!

Ante la santa imagen de María,
cual gota de oro, débil luz ardía,
y saturaban el hostil ambiente
aquellos como efluvios de blandones
que las bujías dan en las mansiones
en las que arde su luz perennemente....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Todos, pálidos, mudos y llorosos,
discurrían con pasos cautelosos;
se oía algún gemido sofocado
entre el silencio y la angustiosa calma;
¡quietud, silencio en torno, y en el alma
el dolor como un mar huracanado!...

Sentí esa cruel necesidad de llanto
que es un nuevo dolor en el quebranto.
¡Quise lanzarme en rápida carrera
y la noche llenar con mis clamores,
y, sin rumbo, cruzar valles y alcores,
gritándole a la Muerte que me hiera!

Alcé la vista al estrellado cielo,
no en demanda de paz y de consuelo,
sino por ver abrirse su áurea puerta
y dar salida a un coro de querubes,
a que conduzcan en sitial de nubes
el alma luminosa de mi muerta.

La ví después en tálamo de lirios,
al fulgor tembloroso de los cirios,
envuelta en un azul y blanco velo
—¡tu veste sideral, oh! Inmaculada!—;
¡visión de luz de luna, rebujada
en un jirón de matutino cielo!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

En el lecho postrer de sus dolores
del huérfano jardín regué las flores,
y al mirar sus bellezas, ya divinas,
que lirios y azucenas circundaban,
creí que a mi ilusión amortajaban,
COMO AL ANGEL DE ASIS, LAS GOLONDRINAS.

¡Al lucir el albor de mi ventura,
reinó en mi alma, oh! Dolor, tu NOCHE OSCURA!
¡Doy en vano a los Cielos mi querella;
no escucha mi clamor el bien ausente
en la estrella del véspero doliente
que, desde que ELLA huyó, más luz destella!...

En su gris camposanto, LA FLORIDA,
entre espliegos en flor, guarda escondida
la dicha que mi espíritu soñara....
Leí: —LUCIA, en solitaria losa,
donde se inclina una silvestre rosa,
cual si ELLA, desde adentro, la llamara....

—¡Duerme en paz, oh! mi dueño:
mi alma vela tu sueño!...
¡Porque mi insano amor quiso perderte
y agostar el jardín de tu existencia,
es ya mi eterna cruz tu eterna ausencia
y te busco.... en los brazos de la Muerte!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

AÑOS DESPUES....

A a tí, por vez última, mi canción florida
-golondrina que huye del invierno mío-,
pues ya, por ignoto presagio, confío
en que va a hallar mi alma su mitad perdida,

Tal vez en la arcana tierra prometida
donde no hay tinieblas, ni invierno ni estío,
y el cáliz soñado, nunca está vacío,
y donde en estrellas florece la Vida....

Ya el Mal y la Duda rompieron mis alas,
y en vano, en la noche, busco las escalas
por las que a tu imperio llegó mi ideal....

¡Qué no acabe todo con mi vida triste:
Salva la azucena de luz que me diste
- la flor de mi nada -: mi ensueño inmortal!

REMIGIO TAMARIZ CRESPO

Cuenca, Mayo de 1.942

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

JUICIOS CRITICOS

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

LUCIA

Fragmentos

Tal es el título de un hermoso poemita escrito en la estrofa de Núñez de Arce, por el Sr. Dr. Dn. Remigio Tamariz y Crespo.

Crítica es el arte de juzgar sobre la verdad, bondad y belleza de las cosas. La crítica, como la estatua de la justicia, debe tener la balanza en la mano y venda en los ojos, en cuanto a la apreciación de la persona.

El libro malo puede y debe ser disecado, si se quiere, con valiente cuchilla, como si se tratara de un cadáver sobre la mesa de disecciones.

Además, el libro es adalid que sale a la arena de la lucha. Si todo en él es vulnerable como el talón de Aquiles, para qué se presenta?, y si se presenta:

Tú lo quisiste,
Fraile mostén;
Tú lo quisiste,
Tú te lo tén.

El libro bueno, verdadero y bello es como el volumen de Ezequiel: sabe a rico y dulcísimo panal. Es un volumen que vuela: sus páginas son alas blancas.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

La crítica del libro bueno debe ser rayo de luz que fulgura en la encendida rosa, rayo de luz que dora la nieve de la cumbre.

Debe ser abeja de oro que extraiga miel hiblea de la corola abierta y pico de águila que rompa la cabeza del reptil—envidia.

El poemita de Remigio Tamariz y Crespo es bueno, verdadero y bello. Del corazón desgarrado de Tamariz, surgió *Lucía*, como de las entrañas desgarradas del gusanito de seda, se forma el espléndido capullo.

La crítica de *Lucía* no debe ser sino la trompeta de la fama, o la febril aguja que temblando estremecida apunta el polo de indiscutible belleza.

Lucía es rosal florido: su juicio crítico, como rocío de la aurora, salpicará de diamantes sus hojas y ramas, pétalos y corolas.

El Sr. Tamariz merece muchos elogios, sobre todo, porque su lira se corona con los laureles de los nativos valles del Azuay.

Todavía sombras densas cubren los cielos de la poesía regional. El idilio de Remigio Tamariz se abre paso como diminuto lucero que lucha con las tinieblas.

«Mi Poema» de Remigio Crespo y Toral derrama la apacible claridad de la luna sobre las vegas del Tomebamba.

De la poesía de «Mi Poema», pudiera decirse lo que dijo Fallon del astro de la noche.

Ya del Oriente en el confín profundo
la luna aparta el nevuloso velo,
y leve sienta en el dormido mundo
su casto pie, con virginal recelo.

La *Lucía* de Remigio Tamariz es la estrella que de cerca la acompaña:

La luna como mueve
la plateada rueda.....
.....
y la graciosa estrella
de amor la sigue reluciente y bella.

(*F. Luis de León*)

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Juan León Mera llegó a ser nuestro genio único y soberano de la virgen selva del Oriente.

El Sr. González Suárez canta la «Hermosura de la Naturaleza», y, en algunas descripciones, parece un titán de pie en la grieta de los Andes, coronándose con los rayos y relámpagos de la embravecida cordillera.

Muchas poesías de Vázquez y Moreno son gorgeos de aves canoras que anidan a las márgenes de nuestro río.

Las «Brochadas» y «Más Brochadas» de Carlos Tobar son pinceladas maestras en el cuadro de las costumbres nacionales.

Las «Serraniegas» de Eduardo Mera son frescos capullos de novela criolla.

Gonzalo Zaldumbide puede y debe darnos la primera novela nacional.

Los «Recuerdos del Camino» de Adolfo Benjamín Serrano son bonitas acuarelas en tela ecuatoriana.

Los «Artículos» de Dn. José Modesto Espinosa están escritos con pluma de oro netamente americano.

Sin embargo, la poesía nacional es todavía, entre nosotros, áureo filón casi sepultado en las entrañas de la madre tierra.

Sea como fuere, la encantadora *Lucía* de Tamariz se adorna y se engalana con las sencillas pero hermosísimas flores del jardín cuencano.

Remigio Tamariz es poeta, pero poeta de veras. «*Lucía*» es la airosa escala por donde Tamariz ha ascendido a las encumbradas sedes del Olimpo.

No quisiéramos encontrar defectos en esa casi acabada pieza literaria; sin embargo, ello es cierto que los hay, y bastante notables, según nuestro desautorizado modo de pensar.

Y antes de alcanzar la purpúrea rosa, sintamos pacientemente los arañazos de la irascible espina.

o°o

El plan de *Lucía* es uno con la unidad que pide el arte; pero, hay una laguna, como la boca de un pozo.

«La Heredad», he ahí el lugar del idilio; «*Lucía*», he ahí la aurora; «Primavera», he ahí el mediodía; «Presagios», he ahí la tarde; el «Canto de Musset» y «El Vestiglo», he ahí lo que no se entiende, la boca del pozo y la laguna; «Exilio», he ahí el lampo del moribundo sol; «Noche Oscura», he ahí la tiniebla cerrada, el término, la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

muerte.

El asunto de *Lucía*, dentro del marco de la moral más pura, es tan sencillo y tan real, que puede decirse, como se dice hoy día, que el Poema de Tamariz es un poema vivido.

Sin embargo, la naturalidad de la fábula desaparece, y desaparece allí mismo donde se ha roto la unidad.

En efecto, y por desgracia, el punto céntrico sobre el que giran los episodios del idilio es el abandono de la desventurada Lucía. Pero la causa de tal abandono es tan rara, tan embrollada y nebulosa, que un simple mortal se queda *in albis*, haciendo cruces y con la boca abierta.

Por qué la abandona el Poeta? Lucía es un *ideal* intocado, inmaculado, todavía. Pues bien, la abandona por otro *ideal* que no es divino ni humano, ni divino-humano, ni nada.

Francamente, ni *Lucía* entendió ni nosotros entendemos el busilis de tan intrincada psicología.

Con esto y con todo, ni Desdémona, ni Otelo, ni Pigmaleón, ni Abelardo, ni Raimundo Lulio, ni el mismo alfredo de Musset, tienen arte ni parte en la tremenda resolución del tornadizo Poeta.

Por vueltas y revueltas que damos en el dédalo psicológico en que nos ha puesto el autor del poema, como las daba D. Juan Valera en la cárcel oscura de la filosofía del endiosado Dn. Juan Montalvo, nos es imposible encontrar otra puerta de salida que aquella por la cual se disparó el Caballero de la Mancha en pos de su quimera, a propósito únicamente para la fábula de Cervantes.

Y lo que es aún más censurable, el Vate, para justificar su neurosis, se acoge al renombre de Alfredo de Musset. Pero, en el poema de Musset, *Lucía* no es abandonada, y aunque prevé olvidos y desengaños, no muere de mal de nervios, sino porque ya le llegó la hora, y nada más.

Sobre todo, Alfredo de Musset, y allá se las haya, es árbol un tantico venenoso y no se presta para que poetas como el Sr. Tamariz descansen a su sombra. Los protagonistas del Poeta francés suelen abandonar a sus Galateas, no por sentimientos nobles y delicados, como los ostenta el Sr. Tamariz, sido por delirios de frenéticas pasiones: sirva de ejemplo «La confesión de un hijo del siglo», que es algo como una autobiografía del amante de Jorge Sand.

La exótica psicología del Sr. Tamariz ha hecho, pues, desaparecer, por una parte, la naturalidad, y de otro lado, ha roto la unidad del argumento. El «Canto de Musset» y el «Vestiglo» están como remiendos en capa nueva.

El pedazo que analizamos es una especie de *pongo* en la corriente literaria del lindo poemita azuayo.

Pasemos el estrecho, aunque sea dando los saltos de Alvarado; salgamos al aire libre, y veamos cómo se desli-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

zan, nítidas, puras, en anchuroso cauce, las ondas de la belleza.

°°°

¿A qué escuela literaria pertenece el Sr. Dr. Dn. Remigio Tamariz Crespo?

El Sr. Tamariz no es clasista ni en el fondo ni en la forma, porque, a pesar de la holgura de la estrofa, el sentimiento se desborda de ella, como se desborda de ancho tazón de alabastro, copiosamente, el agua cristalina.

No es puramente romántico, porque afina y pule las estrofas con las mejores reglas del Arte.

Los versos del Sr. Tamariz pueden competir con los versos de afamados maestros de la Literatura Hispano-americana.

Ejemplos:

Quizá, del Paraíso peregrinas,
las inquietas, alegres golondrinas,
de negras alas y argentado pecho,
revuelan sobre el campo, entre el celaje;
trinan en el boscaje,
y son cual flores de la cruz del techo.

TAMARIZ.

Yo que te amé con el primer cariño,
con la sencilla cegueda del niño,
con ensueño de virgen, sólo acierto
ora a gemir, errante golondrina,
que, porque el sol declina,
busca la sombra del alar desierto.

CRESPO TORAL.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Sólo las bulliciosas golondrinas
turban de aquellas ruinas
la paz solemne con sesgado vuelo,
y alguna alondra al ascender inquieta,
símbolo de poeta,
que cuando canta se remonta al cielo.

NUÑEZ DE ARCE.

Las precitadas estrofas responden al golpe de la crítica con el sonoro timbre del cristal o del acero.

El Sr. Tamariz pertenece a los poetas que pudieran llamarse independientes, por cuanto no se han afiliado a determinada Escuela, como Pombo en Colombia, Julio Zaldumbide en el Ecuador, Zorrilla de San Martín en el Uruguay, Guido Spano en la Argentina, etc., etc.

°°°

Hacia el oriente de la ciudad de Cuenca, hacia la cuna del sol, se prolonga el encantador valle del Paute. La Gran Cordillera extiende los brazos de gigante para estrecharlo y resguardarlo de los rigores del clima. Una ola de oro —los cañaverales— y otra ola de esmeralda —alfalfares y maizales— corren allí perpetuamente de occidente a oriente. Olivos, molles, chirimoyos, árboles frondosos y frutales, parecen, desde lejos, barcas ancladas en ese mar de dos colores.

Allá, en el edén de Paute, va a florecer el idilio. Tamariz hubiera podido escoger con éxito igual cualquier otro paraje de nuestras serranías. Donde quiera, la gran lira de la naturaleza está cubierta de flores en la bendita provincia del Azuay.

La descripción de la Heredad de *Lucía*, es nítida joya de la literatura cuencana.....

La musa de Tamariz, como el picaflor, decimos, chupa aleteando la flor de los limeros, perales y magnolias; cruza como flecha de oro, la onda de oro del cañaveral cercano, y se posa en los molles, retamas y aguacollas...

Hubiéramos deseado que, cual Gutiérrez y González inmortalizó, en un canto de sin igual dulzura, la planta del maíz, hubiera el Sr. Tamariz inmortalizado el ágave

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

americano, el magüey silvestre, centinela del campo, que, con bayoneta calada, defiende eternamente la pobre heredad del pobre..... .

Si es tan hermosa la flora del suelo, no es menos hermosa la flora que vuela en «La Heredad» de *Lucía*.

Gutiérrez y González, en el Capítulo III, que es el mejor capítulo de su gran poema, canta así:

Y sobre el verde manto de la roza,
el amarillo de los toches brilla,
cual onzas de oro en la carpeta verde
de una mesa de juego repartidas.....
....
Meciéndose galán y enamorado
gentil turpial en la flexible espiga,
rubí con alas de azabache, ostenta
su bella pluma y su canción divina.

El poeta cuencano no le va en zaga al renombrado antioqueño, y al vulgar pero simpático chirote lo poetiza así:

Los chirotes, alondras serraniegas,
que pueblan de himnos las azuayas vegas,
de las mieses en flor y del barbecho,
en parábola airosa se levantan
y en el espacio azul alegres cantan,
luciendo al sol la púrpura del pecho.

El Sr. Dn. José Joaquín Ortiz, describiendo las *chisgas* colombianas, que deben de ser como nuestros jilgueros por su pluma de oro y su incesante algarabía, en su composición titulada «Los Colonos», que a juicio de Menéndez y Pelayo es la mejor composición de Ortiz y una de las mejores joyas de la literatura americana, se expresa de este modo:

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Cómo después que el labrador recoge,
en la espaciosa troje,
los frutos que le dió próvido el cielo,
de las chisgas el pueblo numeroso,
en alas de los céfiros traído,
cual en un gran palacio prevenido
por el Dios bondadoso,
sobre un árbol copudo abate el vuelo;
debajo de la tribu desparece
de repente el follaje; el árbol brilla
como una grande cúpula de oro,
y de tanta avecilla
no cesa un punto el gorjear sonoro.

Más inspiración aún parece que tiene el vate azuayo en la estrofa siguiente:

Oculto en las retamas del otero,
su honda veloz restalla el pajarero
y, como chispas de dorada pira,
surge de los trigales la miriada
de jilgueros, y vuela a la enramada,
que se trasnforma, por encanto, en lira.

La tórtola es el ave del sentimiento; su querella es dulce como el yaraví de nuestros campos. Es el ave heráldica del indio; pósase sobre la rama; hincha el plumón, y, mecida por el viento, preside la dura labor de su compañero de infortunio.

Muchísimos poetas han cantado a la tórtola, cuya garganta es un laúd; la han cantado en todo tiempo, desde Dn. Francisco de la Torre, cuyos versos aprendimos en el aula, hasta el tristísimo Mejía, cuyos versos son timbre y gala del parnaso colombiano.

Tamariz la canta, a su vez, con un arrullo:

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Junto al nido, que esconde la espesura,
plañe en golpes de arrullo su amargura
la tórtola infeliz, cuya existencia
acechan por doquier los cazadores,
¡y por ello, aun si canta sus amores,
preludia su orfandad, o eterna ausencia!

o°o

La reina de aquel paraíso es la candorosa, modesta y tímida *Lucía*. *Lucía* ha rayado apenas en la edad en que florece la dicha.

No es joven parisiense educada a la *dernière*; no sabe nada de saraos, teatros ni *toilettes*. Inteligente, devota, angelical y sincera, es netamente cuencana: perla fina en la concha de nácar del hogar paterno.

En la heredad, es compañera tutelar de las zagalas, las que la aman, porque saben que es buena, y la obsequian con silvestres dones, y la rodean, como rodean los juncos y espadañas a la fresca y cariñosa fuente.

La *Lucía* de Cuenca es hermana menor de la *María* del Cauca.

Qué más? Vive inocentemente alegre y feliz, como la golondrina, que vuela del alero al campanario y del campanario al azul del cielo.....

Lucía es netamente cuencana: una corola abierta a los pies de la Reina de los cielos —Bendita poesía nacional!— La musa del Sr. Tamariz, alondra que saludó el rayar del alba desde los rosales de Mayo, después de largos vuelos, amante y agradecida, vuelve una y otra vez a la predilecta rama donde empezó a cantar .....

El corazón es el astro de la dicha; el corazón, como el sol, cría mares de oro en la inmensidad del horizonte.

La noche y la desgracia son dos hermanas gemelas: ambas se visten de luto, y acaso, también,

una gota de llanto es cada estrella.

La angelical *Lucía* se vió sola, abandonada y triste. Herida de muerte, escribió una carta.

Se notan en el papel las huellas de sus lágrimas. Aquellas estrofas habría podido suscribirlas Dña. Gertrudis Gómez de Avellaneda, cuando la primera y más sentimental etapa de su vida.....

o°o

La alcoba de la moribunda merece capítulo aparte.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Con pincel mojado en las tintas de la última agonía, traza el poeta el último cuadro de su poema, y dice:

Vi en su faz esa albura dolorosa
que recuerda lo blanco de la losa.....
.....

Vi, junto a ella, dolores y extravíos
tan grandes y profundos cual los míos...
¡Con qué aflicción y espanto
la madre de su amor la contemplaba;
para llorar su adiós, no le bastaba
toda su sangre convertida en llanto!

Los poetas de veras, los grandes poetas, como Víctor Hugo, por ejemplo, se extasían con los niños: es muy natural, la enhiesta cumbre toca de más cerca el azul del cielo; es muy natural, las florecillas silvestres son las únicas que coronan el páramo solitario.

El niño, hermanito de *Lucía*, que apareció en «Primavera» como sonrisa, es ahora tristísimo sollozo:

¡El angelillo blondo era un tormento:
presentíbase allí cada momento
a llamar a su hermana con gemidos;
cual dos alas los brazos le tendía,
¡y, como no le oía,
lanzaba penetrantes alaridos!.....

Las sombras se condensan:

¡Cuán tétrica la estancia funeraria
donde está inerte un ser idolatrado,
no es más oscuro, y frío, y desolado
el fondo de una huesa solitaria!....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Pero, en medio de las tinieblas,

Ante la santa imagen de María,
cual gota de oro, débil luz ardía!....

El cuadro está completo. Sin embargo, acaso, falta allí el reloj, que arrastra las horas y cuya péndula, en inexorable vaivén, es como el latido del corazón de acero del destino, y cuya ancha esfera blanquea como un epitafio.

Acaso también falta el humilde cura de aldea, cuya mano empuja temblando el pobre barquichuelo hacia la corriente del rio negro ... .

o°o

Semanas después, una rosa cuajada de rocío se inclinaba trémula sobre la tumba de *Lucía*: llamaba acaso llorando a su querida hermana; respondía talvez temblando a los reclamos de ella.....

o°o

Conclusión: Mil parabienes al Sr. Tamariz y a la ya floreciente poesía nacional.

JUAN MARIA CUESTA.

(*La Unión Literaria.*—Serie 6a.—Cuenca—Ecuador.—Marzo de 1917.—N9 9.)

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Sr. Dr. Dn.

REMIGIO TAMARIZ CRESPO.

Mi querido amigo y compañero en letras:

Impresión gratísima y profunda he recibido con la lectura de su bellísimo poema «*Lucía*».

De delicadeza tierna y conmovedor sentimiento, revelador de una exaltada y brillante imaginación poética, es él. Las evocadoras añoranzas, la bella descripción del ambiente y del lugar; la presentación de la Heroína, el idilio primaveral, los presagios, la sentidísima estrofa a los «amigos»; el desdén que inspira la desventura contra las excelsitudes del Siglo; el apartamiento voluntario e ingrato y la llamada dolorosa del Amor..... todo aparece admirablemente retratado descrito:

«Del ritmo y la pasión la áurea saeta
hirió el estambre de la casta rosa....
....
¡Por ley bendita, guarda toda hermosa
su más dulce ilusión para un poeta!»

«Adoraba la santa Poesía
y en fulgores de gloria me inundaba
cuando su dulce voz idealizaba
los tristes himnos de la lira mía...»

«Una tarde, del lago en las orillas,
de palidez cubiertas las mejillas,
me dijo, con acento de reproche:
—En la sombra invasora,
muere la luz que los espacios dora....
Yo soy aquel fulgor, y tú, la noche...»

«Amigos, cuando muera,
plantad un sauce en la mansión postrera.
Amo su triste, pálida verdura;
de sus frondas la cauda funeraria,
y, en la paz de mi huesa solitaria,
propicia me será su sombra oscura».

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

No terminaría, de querer trasladar las numerosas y bellísimas imágenes que abarca el poema, y en el que hay pensamientos sublimes.

Quédame por citar —de propio intento— la majestuosa conclusión de «*Lucía*»: «*Noche Oscura*», llámala. La Parca cruel y fatídica, hace presa en la Heroína, arrancando al cantor notas conmovedoras y patéticas, desesperadas y tiernas, para terminar en un arranque de suprema angustia, y que recuerda aquel otro de Espronceda en el Canto a Teresa.

Agradézcole en el alma la dedicatoria de su Poema, máxime por venir de un esclarecido Poeta de la América latina, a la que tanto cariño guardo y profeso.

Con mi viva admiración y mi más cordial parabién, reciba el sincero afecto de su buen amigo.

RICARDO LEON.

Madrid, 7 de Noviembre de 1917.

CARTA LITERARIA

Guayaquil, 10 de Enero de 1917. (1)

Sr. Dr. Dn. REMIGIO TAMARIZ CRESPO.

Cuenca.

Muy apreciado señor:

Obra completa y perfecta, en mi criterio sin autoridad, pero sincero, es su bello y sentimental poema *Lucía*, con cuyo obsequio se ha dignado de favorecerme.

El compendio de todas las emociones de una época de idilio, me ha hecho sentir la lectura, más que lectura, asimilación de ese sencillo y, por lo mismo, difícil poema.

A entendidos y profanos, lleva Ud. en gratísimo viaje a la heredad de los recuerdos, y, desde los primeros pasos, de tal modo se les hace simpático el bardo y guía, que pronto se convierten en sus más adictos compañeros.

---

(1) *De «EL PROGRESO» de 20 de Marzo de 1917*

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Acertadamente distribuídas y alternadas las impresiones, para que el ánimo no se fatigue por exceso de deleite ni por intensidad de sufrimiento, como en el curso de uno de nuestros mansos ríos, se suceden las sorpresas de diferentes tonos en sus márgenes, así suscita Ud., al bello ritmo de espontáneas estrofas: amor, fe, candor, melancolía, dolor . Muchas emociones, ya diferentes, ya similares; risas y llantos, en fin, que forman el *debe* y el *haber* en el libro de la vida. Y el gusto va, como mariposa en jardín, volando al arbitrio del poeta hacia las flores que le atraen: sus artísticas estrofas, de rimas fáciles, manejadas con maestría y allegadas con espontaneidad.

Ya corre el espíritu, como un niño, por los cármenes tan verazmente descritos que se le hacen familiares; ya como zagalillo goloso, hacia los frutos que se ven, se palpan y gustan en cada estrofa; ya como doncel enamorado, en las bucólicas, inocentes aventuras; ya por la amada casita, nido de los ensueños, con tan franco gozo, como si fuera propia, y ya, en fin, en las horas tristes del abandono, en que, plegando las alas junto a la bella *Lucía*, se queda el espíritu, por amor, junto a ella, acompañándola en su soledad y en sus angustias, a cuidar de la casita y del huerto, y a renovar, con ella y para ella, los recuerdos del ausente ingrato, en solitarios paseos por las antes animadas sendas, entre las cosas elocuentes y el perenne gemir de melancólicas *saudades*. .. Pues, hasta allí, el poeta ha hecho de auditor un compañero y confidente de su vida e intimidades; un intérprete de su alma, y un adicto de *Lucía*, tan sincero, como su rubio hermanito.

Entreacto que parece inmenso por lo torturante, es aquel en que el ánimo lucha por repartir los afectos, por igual compartidos, —hasta aquella parte de la obra—, entre el soñador que se marcha tras las visiones de su fantasía, y el corazón doliente de la ingenua enamorada, que se queda sola y enferma, sin más lenitivos que los recuerdos, la esperanza, la fe y las ternuras de su imposible amor....Y como leal amigo que el poeta supo hacer de su confidente el lector, éste le riñe, como lo haría un buen hermano; le increpa, le reprocha, desatiende el relato de sus locos proyectos, y le deja en su camino, para volver al lado de la torcacilla abandonada en la heredad desierta....

Y Ella, enferma, desfallece y muere....Y el espíritu amigo, con ella y por ella, eleva plegarias junto a su lecho, anhelando la vuelta del insensato que dejó la verdadera felicidad por las alucinaciones de una ambición de glorias mentidas y fugaces....Ella va a espirar, y vuelve el amante desengañado, cuando ya la sencilla flor

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

del valle no tiene para el culpable sino la última ofrenda: un perfume de flor mustia....Entonces, de lo más hondo del corazón del confidente, que compartió el dolor del poeta, sí brotan, atropellándose, los más duros apóstrofes para el victimario.... .

Mucho, mucho me ha hecho sentir su poema —nueva *María*, con la ventaja (para los sentimentales y lectores *a escape* de este siglo de abreviaciones), de estar muy bien apropiada y mejor revestida con las amables galas del verso. Matices y aromas de flores raras, pero sencillas, de los mejores floricultores del sentimiento, tiene el modesto y regio búcaro de su poema, dentro de la fisonomía propia de su original estilo y de su manera de ver las cosas y las almas.

Y a todo esto, sepa Ud. que no soy romántico. Mas, sin eso —no le den celos retrospectivos— me ha hecho Ud. amar tánto a *Lucía*, que he llorado con Ud. junto a la tumba de su adorada....y he llorado con lágrimas de amor....

Mis parabienes nada significan, pero me atrevo a tributárselos, así, tan sinceros como son, siquiera sea para darle una de las muchas pruebas que Ud. tendrá, de que su poema ha logrado el más apetecible de los éxitos: conmover en todos los niveles y cautivar a quien quiera que lo lea. Y más que a Ud., van mis felicitaciones a la Literatura Nacional, por el magnífico don que Ud. acaba de hacerle.

MODESTO CHAVEZ FRANCO.

——

SEMBLANZA

(Fragmentos)

.....

En *Lucía*, uno de los más bellos poemas de Tamariz Crespo, se afianza la personalidad del poeta definitivo. Aparece el paisajista insigne, de portentosa fuerza evocadora. Las riberas del Paute undoso y transparente, plenas de hermosura y de sol, bajo el azul purísimo del cielo, exuberantes de vegetación y pródigas en colores y armonías, tienen en el poema de Tamariz tal fidelidad de traslado, que bien se diría que el poeta ha invadido los

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dominios de los artistas del pincel.

Preciso es notarlo: el paisaje, en las poesías de Tamariz, no constituye sólo un factor de emoción: es el ambiente mismo de sus poemas. Sus cuadros son escenarios donde se desarrollan dramas, y la pasión y la psicología de los personajes comunican vida a la obra. No siente Tamariz la obsecación simbolista por la naturaleza inanimada, que tanto ha dado que hacer a los afiliados a tal escuela, que si, en verdad, tiene mucho de bello y sugerente en algunas obras maestras, en las mediocres, que abundan, sólo ha servido para desprestigiarla.

Tamariz pinta la naturaleza que nos rodea, por amor a la tierra que nos viera nacer, y porque a esos campos está ligado el motivo de su sensibilidad. Así, la emoción que sugieren sus cuadros, es la emoción sincera y humana de la naturaleza idealizada por el arte.

Al juzgar a *Lucía*, se habló del *criollismo* de la poesía de Tamariz, considerándole como el poeta nacional —tal vez regional—, por excelencia; pero cúmplenos decir que todos, o casi todos, repararon únicamente en los paisajes del poema, y muy pocos pararon mientes en los personajes de *Lucía*, que, bien mirados, más son exóticos que criollos, ya que tienen rara subjetividad y una complicación de pasiones y sentimientos, que merecen estudiarse, por ser notas características del lirismo de Tamariz.

Se habló también del romantisismo del poeta, y hasta hallósele contradictorio. Sutil y complicado es el espíritu de Tamariz, quien, ante todo, es hijo de su siglo, y sufre del *mal del siglo*. Por algo afirmó un ilustre crítico: «No se puede ser poeta impunemente»....

Es claro, en nuestra vida humilde, de rustiquez aldeana y costumbres patriarcales, no se concibe el tedio por haber gozado todo: pero sí hay muchos que han sentido todo. El mal nos viene de lejos, al través de los mares y salvando cordilleras: el mal nos viene en los libros, y llevamos su tósigo en el alma... Así se explica que en medio de la paz idílica de nuestros campos primaverales, apartados de la gran agitación del mundo, seamos tristes, por nostalgia de lo presentido; complicados y contradictorios, casi escépticos, por contagio, y que, viviendo vida espiritual ajena al medio ambiente, sintamos de modo intenso el dolor de la vida, y seamos, en suma, muy desdichados....Y así se explica también el lirismo doloroso y contradictorio de Tamariz Crespo en *Lucía*, el cual, por otra parte, tiene mucho del malestar psicológico de nuestra juventud, la que no sería fácil decir a ciencia cierta, si va perdiendo el rumbo, a fuerza de soñar, o si sólo es víctima de agitación pasajera, que no frustrará su orientación definitiva .. Y por que así piensa y siente el amante de *Lucía*, él es casi un símbolo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

de esta generación enferma de nerviosismo, que, en medio de aparente calma y equilibrio moral, pierde en secretas y tormentosas inquietudes, los bríos de la voluntad, y exagera el sentimiento hasta tocar los límites de la angustia. En este concepto, *Lucía* es muy de nuestro tiempo, y prueba que su autor conoce la psicología de la época, y, de todos modos, su lirismo resulta sincero y trascendente.

MIGUEL ANGEL MORENO S.

(*Del Poema MALVA ROSA.*)

LUCIA, poema por REMIGIO TAMARIZ CRESPO. (1)

Cuenca —Ecuador.— 1916.

Hemos recibido el delicioso Poema, titulado *Lucía*, del poeta cuencano, Remigio Tamariz Crespo, uno de los mejores exponentes de la intelectualidad de esa tierra que es un nidal de ruiseñores.

La obra, desarrollada en CXLIX estrofas, que ocupan cincuenta páginas, más o menos, forman un elegante y nítido folleto, ilustrado por los lápices de H. Vázquez y L. Camarero.

En cuanto a la parte literaria, Remigio Tamariz está lo suficientemente recomendado por sus bellas producciones, para que nosotros pudiéramos hacerlo aquí y tan de prisa.

Lucía es un poema de exquisito corte y de alto sentimentalismo, tan sincero, como sugerente, que hace volver los ojos hacia los deleitosos tiempos de los primeros ímpetus del alma por volar tras la estrella de la felicidad lejana, aunque sea para caer desfallecidos al peso de las grandes desilusiones. Imágenes y pensumientos felices hay en las estrofas de *Lucía*, y a todo lo largo de ellas suena una música dulcísima de laúd cuyas cuerdas parecen mágicamente heridas.

Ojalá el tiempo nos dé tiempo para ocuparnos más detenidamente en la obra de Tamariz Crespo, y, mientras tanto, vaya al inspirado poeta nuestro sincero encomio.

(1) (*De «EL GUANTE», Nº 1954, de 19 de Enero de 1917.*)

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Saluda atentamente al Sr. Dr. Dn. REMIGIO TAMARIZ CRESPO, y le agradece el envío de su delicado Poema *Lucía*, que es una verdadera joya de la tradicional escuela literaria del Azuay.

Ausente de la patria, saborea los versos que de allá vienen impregnados del campesino aroma de retamales y arirumbas; porque ellos despiertan los recuerdos de los días que, en alegre bandada de colegiales, hubo asalto a las huertas de duraznos y capulíes.

A. B. Serrano ofrece su amistad al digno sobrino del autor de «MI POEMA», y desea que en el campo de la literatura coseche laureles a manojos.

Guayaquil, a 2 de Enero de 1917.

———

El Sr. Dr. Dn. REMIGIO TAMARIZ CRESPO. (1)

Amable lector: Si deseas en tu alma un chispa siquiera de aquel divino fuego cuyo fulgor nos hace columbrar los edenes de la gloria; si tu corazón, enfermo de arte, ansía un baño de auroras y crepúsculos; si quieres paladear las ricas mieles de la flor del ensueño; si quieres, en una palabra, adormecerte a los delicados y armoniosos gemidos de una noble y sentida lira, soñando en los umbrosos y floridos cármenes de aquella edad feliz y rápida en que el corazón sólo sabe llorar de contento: pídele al poeta Tamariz que cante.

Yo no tengo el honor de conocer personalmente al joven bardo del Azuay, pero le siento muy cerca de mi alma. Sus versos dulces, empapados de poesía, plenos de luz y de aroma, han estremecido mis nervios con el escalofrío del arte. Cuenca que, con razón, se enorgullece de ser cuna de grandes pensadores, le señala como a uno de los cerebros más luminosos de su juventud católica. Sí, en este siglo positivista y farsante en que abundan los mercaderes de conciencias, todavía surgen jóvenes de la talla de Tamariz Crespo, que llevan en sus venas la robusta savia de las doctrinas del Mártir del Gólgotha. La obra poética de este joven bardo, anda diseminada en

———

(1) *De «El Observador» de Riobamba.*

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

revistas, folletos y periódicos, porque siempre estuvo listo para ensalzar todo lo bello, todo lo santo, a los acordes de su noble lira, y es verdad grande lástima que tantas joyas estén dispersas, en vez de hallarse reunidas en un solo cofre. En sus dos últimos Poemas: «*Lucía*» y «*Malva Rosa*», ha vaciado el poeta todas las ternuras y armonías de su alma delicada, en versos limpios, sentimentales y sonoros, saturados del delicioso aroma de los paisajes cuencanos, descritos con tal precisión y riqueza de colorido, que nos revelan el genio evocador y mágico del poeta.

Críticos de autorizada reputación han dado ya su veredicto, aplaudiendo las bellas producciones de Remigio Tamariz Crespo, cuya fama traspasa ya los límites de la Patria; por ello, yo, al trazar estas pobres líneas al correr de mi tosca pluma, he querido solamente rendir un homenaje de admiración y aprecio al noble amigo que ha hecho adormecer mi alma con la dulzura de sus cantos.

CARLOS ARTURO LEON.

———

LUCIA.—Poema por REMIGIO TAMARIZ CRESPO.

Cuenca —Ecuador.—1916. (1)

Es un recuerdo en verso, y ¿qué es la vida más que una serie de recuerdos?. Sencillo, ingenuo, de fáciles versos, fruto de una imaginación siempre joven, lleno de fe y, en medio de la desesperación, no falto de esperanzas. Descripciones elegantes que hierven con el calor del trópico, que refrescan con el ósculo de la primavera.

Amores en una alquería, que pasan como el aura de Mayo, que entristecen como las primeras hojas caídas de los árboles en dilatada alameda....¿Para qué se escribieron esta clase de versos?—Para sentir mejor, buscando que alguien sienta como nosotros.

Lucía no sabía sino una ciencia:

———

(*De LA UNION IBERO—AMERICANA correspondiente a Mayo de 1917.*)

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

«la ciencia de la rosa y la azucena:
ser hermosa, ser buena,
y perfumar la mano que la hería.»
.....

¡Es como el aire la ventura humana:
invisible de cerca, azul de lejos»!

Murió *Lucía*, y su cantor le dice:

«Vi en su faz esa albura dolorosa
que recuerda lo blanco de la losa.»
.....

«La vi, después, en tálamo de lirios,
al fulgor tembloroso de los cirios,
envuelta en un azul y blanco velo
—¡tu veste sideral, oh! Inmaculada!
¡visión de luz de luna, rebujada
en un jirón de matutino cielo!...»
....

«¡Porque mi insano amor pudo perderte
y agostar el jardín de tu existencia,
es ya mi eterna cruz tu eterna ausencia
y te buscó... en los brazos de la Muerte!»

Nosotros, damos también sentido adiós a un verdadero poeta.

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

REMIGIO TAMARIZ CRESPO es un simpático muchacho, que en vez de seguir la moda y vestirse de *boy-scout*, anda por las praderas azuayas, con la lira debajo del brazo, y, como en los tiempos de la Arcadia feliz, canta sus amores e imagina historias de pasión desventurada, que las encuadra en paisajes llenos de luz, en campos en que sonríe perpetuamente la primavera.

Lucía fue un acierto y ha merecido el aplauso de la crítica y el parabién de escritores tan remirados, como el académico Ricardo León. *Lucía* es un poema en que se trata de desenvolver una acción, al propio tiempo que de pintar un ambiente. Por lo general, sucede que la acción no sigue su curso lógico y que las descripciones embrollan el argumento. El mayor defecto de esta clase de composiciones, es la falta de simetría. No son enormes edificios, sino jardines que, sin perspectiva, se pierden en el horizonte: se aprecia la belleza de un rosal florecido, pero nada se sabe del conjunto. *Lucía* aunque participa de estos defectos, es en muy pequeña parte, pues siempre se lo lee con agrado y placer.

El Sr. Tamariz Crespo prepara otro poema que se llama MALVA ROSA, y del cual se han publicado fragmentos que revelan, más que la corrección, la gallardía de la forma, en estrofas que tienen simpáticos aciertos, novedad e inspiración. Hace el retrato de MALVA ROSA, y dice:

«Hacendosa, vivaz, sencilla y buena,
con rizos tan oscuros como espesos,
de ojos grandes y negros, ¡y es morena
como que el sol la ha devorado a besos!»

Estrofa es esta que encierra una imagen tan feliz, que ella sola vale por un cuadro. Cristobal de Castro dijo del sol que, travieso, iba besando a las mujeres en la calle, y es toda una escena callejera en un día de sol reverberante. Pero se encuentra un matiz especial en la estrofa de Tamariz. Hay mujeres tan graciosas y de tanta hermosura, que sólo pueden ser morenas, porque el sol se deleitó en ellas y las comió a besos.

Poeta que con tan buen éxito está cultivando el verso, parece que trata de colgar la lira, para dedicarse a la crítica o al trabajo histórico. ¿Por qué? Imaginamos

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

que el señor Tamariz Crespo cree que los dioses mayores de Cuenca nada han dejado por hacer en lo lírico; que han agotado el género. Milciades perdía el sueño con los triunfos de Temístocles. Alejandro quería irse a la Luna en busca de campo para sus hazañas.—«Nuestra poesía lírica, dice, ha tocado ya la cumbre de la cumbre; nuestros dioses mayores nada han dejado por hacer en aquel campo». Es el grito de «¡romped vuestras liras, trovadores!», que burlescamente se diera por algún poeta ...
....

No: la poesía lírica no puede estar agotada, señor Tamariz Crespo.

B.

(*De «EL DIA» de Quito. Reproducción hecha en el Nº de 23 de Mayo de 1918 de «EL PROGRESO» de Cuenca.*)

LITERATURA

Con motivo de la publicación del poema *Lucía*, arrancado de la lira de Remigio Tamariz Crespo, tenemos sincera complacencia en insertar en estas columnas la poesía dedicada al inspirado bardo, que ha revivido la flor de sus mejores años y consagrádola en su eurítmico poema al santo recuerdo de la que criaba jilgueros, mandaba flores al Santuario y tenía un altar en el corazón del poeta.

A REMIGIO TAMARIZ CRESPO.

Con afecto y admiración.

Doliente trovador del sentimiento,
en tu lira de bardo americano,
hay acordes de vagas sinfonías
y las sublimidades de lo arcano.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Porque es ella forjada por los genios
del Arte, la Belleza y los Amores,
sus cuerdas son las fibras de tu pecho,
y, a su ritmo, se acallan los dolores.

En tus dulces cantares, los acentos
se oyen del yaraví de mis montañas,
cuando vienen de azules lejanías
con el humo fugaz de las cabañas.

Lucía, tal la reina de tus cantos,
musa de tus ensueños y tu gloria;
es la apoteosis de oro de tu vida;
de tu idílica edad la eterna historia.

¡Salve, poeta! y ¡salve! a los cantares
con que trajes los lauros de tu frente:
¡si son astros del alma los poemas,
jamás los tuyos hallarán poniente!

RICARDO DARQUEA G.

(De «EL PROGRESO» de 19 de Enero de 1917.)

REMIGIO TAMARIZ CRESPO. (1)

Para hablar dignamente del joven y tantas veces lau-

---

(1) *ALFONSO CORDERO PALACIOS.—Historia de la Literatura.- Prólogo de Honorato Vázquez.—Pág. 405—410.—Cuenca—Ecuador.—1932.*

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

reado poeta cuencano, Remigio Tamariz Crespo, basta repetir el siguiente juicio crítico, obra del inapelable *Stein* (Sr. Dr. Dn. Remigio Crespo Toral): «Tamariz Crespo, autor de *Lucía*, *Malva Rosa*, *Senda de Mandrágoras*, *Cromos tropicales*, y tantos poemas menores, representa el genio de la tierra azuaya, y por la compenetración en su obra del pensamiento y la expresión, por la inagotable facilidad de la creación y la destreza técnica, merece los altos elogios que le han prodigado literatos tan ingenuos y dominadores de la forma, como Ricardo León y nuestro Gonzalo Zaldumbide.

A este ya famoso poeta se le ha discernido en el curso del año de 1922, el título de *Maestro en Gay Saber*, con el descabellado propósito —corre el decir—, de inhabilitarle con una consagración, merecida en lo absoluto, para que pueda terciar en los futuros, anuales y singularmente hermosos torneos literarios de *La Fiesta de la Lira*, como si la gloria pudiera limitarse, como si hubiese barreras para el genio, como si un poeta no pudiera aspirar a tantas hojas de laurel, cuantas sean las artísticas creaciones con las que enriquezca la Literatura de su País. De ser efectivo desafuero semejante —lo que no creemos—, y de vivir el maestro Calle, famoso desfacedor de agravios, de seguro que exclamaría, razonablemente, despectivamente:—¡Cosas de mi tierra!....

Para poder juzgar del lirismo bellamente americano de Tamariz Crespo, sirve de mucho la siguiente composición:

EL SOLITARIO

Premio: LA FLOR NATURAL, en la Fiesta de la Lira, celebrada en mayo de 1920.

Flor aluda de los tristes pajonales
donde reina la infinita soledad,
¡cuál se hermana tu lamento con los gritos funerales
de las ráfagas que cruzan la desierta inmensidad!

¿Es tu canto de la América soguzgada, la elegía?
¡Solitario, en tus gemidos de ternura honda y humana
que entristecen el silencio de la yerma serranía,
hay la cruel melancolía
con que llora la doliente raza indiana!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

A tu acento, mi alma evoca las leyendas del pasado;
los laureles que cubrieron las andinas soledades;
de los Shiris y los Incas el reinado
que colmara de grandezas las incógnitas edades.
Sueño ver el magno Imperio
florecido en gemas de oro, bajo la égida del Sol,
y cuya ínclita realeza sepultóse en el misterio
y en la noche de la Historia,
cuando en la índica ribera flotó el Lábaro español,
y, en audaces carabelas, llegó el rayo
de la tierra de Pelayo,
que es la cuna de la Gloria
y el palenque del Honor.

Sueño ver en cruentas lizas a los Hércules desnudos,
cual broncíneos paladines,
combatiendo a la falange castellana
con los pechos por escudos,
con la flecha y la macana,
entre el coro de los bélicos clarines,
al tronido de arcabuces y cañones,
mientras pasan, como trombas, los bridones,
sacudiendo las revueltas, negras crines,
por sabanas y peñascos
que retumban y chispean bajo el hierro de los cascos.

Ave heráldica del indio, ¿simbolizas la tristeza
de la Raza que en la tumba se ocultó con su tesoro,
y que hoy vierte amargo lloro
sobre el yugo de los siervos, de sus glorias en la huesa?...

Cuando el alba prende velos de oro pálido en las cumbres
y alfofáranse las flores
con el llanto de los últimos luceros;
cuando el vespero derrama cual caléndulas sus lumbres
y se escuchan en la sierra melancólicos rumores:
¡Solitario, siempre triste, siempre a solas,
en las piedras de la pampa y en la paz de los oteros,
das al viento del criazo tus gemidos,
único himno que se eleva de las huacas y las tolas
donde duermen los esclavos, los vencidos!....

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

En los blancos, silenciosos peñascales
donde brotan pasionarias y arrumbas;
de las míseras aldeas en el viejo campanario;
en las tapias derruídas, en los nichos sepulcrales,
tu funéreo nido labras, Solitario,
con el liquen de las rocas, con el limo de las tumbas
y las briznas de las chozas olvidadas....

Así el paria de los Andes, por quien lloras:
en las cimas desoladas,
en las quiebras y declives de la adusta cordillera
donde son las tardes lúgubres y sombrías las auroras,
con la greda de los yermos que fecunda su trabajo,
de las cumbres con la undosa, gris y verde cabellera,
forma y cubre la cabaña, que «es un nido vuelto abajo»!

Mientras flotan cual sudarios de la sierra las neblinas,
y opacada y fría luce la sidérea claridad,
y las ráfagas andinas
baten ondas cenicientas en la hostil inmensidad:
repercuten en cañadas y vertientes,
de los mudos pajonales en las rutas blanquecinas,
el sollozo de las quenas, el clamor de las bocinas
y las notas, como lágrimas, del azuayo rondador.
¡Y en la música del indio, mi alma encuentra las dolientes
armonías de tu queja, Solitario,
y comprendo que el desierto tienen ambos por calvario,
que ambos tienen por verdugos el olvido y el dolor!....

Flor alada de las ruinas, trono vivo de la sierra,
¡soy tu hermano!
¡En mis versos gime el alma dolorida de mi tierra,
y en tus himnos, las nostalgias del desierto americano!

Peregrino por eriales de brumosas lejanías
donde el sol es frío y pálido, donde hay flores olvidadas
y se escuchan, en las noches, misteriosas elegías
y no cesa el alarido de las ráfagas heladas.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Sin oasis, con sagrientos espinares, cruel desierto
donde sombras del pasado van en muda procesión;
donde el bronce del olvido toca a muerto
por las dichas de que es tumba palpitante el corazón.....

¡Solitario, nuestra cruz es el recuerdo! ¡Mis querellas
son ignotas resonancias de tus cantos de orfandad!
¡Solitario, nuestras cuitas dejan lágrimas por huellas
en el reino melancólico de la eterna soledad! .....

Ya muy pronto veré lejos los zarzales que me hieren,
y el fulgor amarillento de mi tarde postrimera
copiará de mis pupilas apagadas en el llanto
los celajes y esplendores de la mágica ribera
«donde viven los que mueren»,
y, en angosto y frío lecho, dormiré en el campo santo
que la niebla de los Andes arrebuja en su capuz,
y tú, entonces, del crepúsculo a la luz,
desde el risco que endoselan las orquídeas del barranco,
dando al viento tu plumaje gris y blanco,
como lirio de ceniza, bajarás hasta mi cruz,
¡y allí, tu himno será, en alas de los cierzos gemidores,
postrer eco de mi adiós
a la tierra donde en cardos florecieron mis dolores,
y la nieve del olvido
cubrió el nido
de los dos!....

———

REMIGIO TAMARIZ CRESPO

Sábese que Crespo Toral, el gran poeta que vive en Cuenca del Ecuador, ha querido, desde hace algún tiempo, instaurar una tradición de poesía nacional, y nos ha dado los más bellos ejemplos de su anhelo con MI POEMA y la LEYENDA DE HERNAN, entre ótros. El objetivo de Crespo Toral fué, principalmente, hacer de la poesía expresión pura y sincera, aunque hija, en cierto modo, de nuestros campos y nuestras montañas. Es decir: que la poesía fuese regional, sin perder valor universal y humano, teoría ya usada en muchos puntos de la tierra y que vale más por el talento de quien la crea. Y

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

en las manos de Crespo Toral fué buena, como la habría sido en manos de otro de su talla. Solamente que el doble objetivo fué conseguido: además de hacer poesía bella, Crespo Toral ha conseguido formar discípulos.

Y he aquí uno de ellos: el joven poeta Remigio Tamariz Crespo, de quien acabamos de recibir *Lucía*, encantador poema de estreno, y MALVA ROSA obra ya más considerable. Hay un marcado paralelismo entre estas dos obras tan bien logradas y las dos obras magistrales de Crespo Toral. MALVA ROSA corresponde a LA LEYENDA DE HERNAN, mientras que *Lucía* hace pensar en MI POEMA. Pero si en el primer caso preferimos la obra del maestro, en el segundo, por el contrario, sentimos predilección por la del discípulo. Hay en *Lucía*, una frescura, una pureza, un murmurio de fuente que encantan. Estas cualidades no se encuentran en MALVA ROSA. Se siente en este segundo poema, por cierto fácil y abundante, el trabajo y el cuidado aportados por el autor. El impulso lírico y subjetivo del poeta de *Lucía*, aprisionado por los recuerdos de su idilio, vivifica las cosas que le rodean y presta un poco de su alma al paisaje, por la transfiguración connatural con el lirismo interior. Todo se dora a los reflejos nostálgicos de la juventud doliente y apasionada del poeta: todo aparece así a los ojos del creador, tanto como a los del lector, que le sigue en su fervor sincero, transformándose inmediatamente por obra de arte y de pasión idealizadora.

....

Por sus dones, como por el vigor y la sinceridad de su devoción a las cosas familiares, tiene bien merecido el sitio a la sombra de la encina robusta, que es orgullo nacional: Crespo Toral, sin duda, siente especial predilección por Remigio Tamariz.

Remigio Tamariz y Gonzalo Cordero —guardad bien estos nombres— mantendrán muy alta la fuerte y gloriosa tradición de su tierra natal.

GONZALO ZALDUMBIDE.

Del «Bulletin de l' Amerique Latine».—Abril—Mayo de 1919.

—Traducción de G. CEVALLOS G.—

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

VOCABULARIO

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

MELADO.— Dependencia de las casas en las haciendas tropicales, en la que se instalan trapiches y otras máquinas para extraer el jugo de la caña de azúcar y elaborar miel de la misma.

CAÑARO.— *Erithrina umbrosa.* «Arbol bastante corpulento, cultivado en muchos huertos, especialmente por lo ornamental y tupido de su verde follaje....Sus hermosas flores son rojas». (L. C. Estudios Botánicos.)

AGUACATE.— *Presea gratissima.*—Arbol americano que produce el excelente fruto que llamamos *aguacate*, y los indios, palta. (L. C. id, id.)

AGUACOLLA.— *Cereus peruvianos.* Especie de cacto, «generalmente conocido con los nombres de *aguacolla o gigantón*, alusivo este último a la fantástica altura de sus tallos», (L. C. id, id.)

CHIROTES.— Petirrojos. «Aves de color aceitunado, con con la frente, la garganta y el pecho de color rojo subido.»

TRIGUERILLO.—Diminutivo de triguero, pájaro semejante al jilguero, que se alimenta de trigo.

ALVERJAL.— Sementera de guisantes.

—

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

INDICE

Prólogo IX

Canto Primero ..... *RECUERDO* 1

Canto Segundo ..... *LA HEREDAD* 7

Canto Tercero ..... *LUCIA* 17

Canto Cuarto ..... *PRIMAVERA* 25

Canto Quinto ..... *PRESAGIO* 33

Canto Sexto ..... *EL VESTIGIO* 45

Canto Séptimo ..... *EXILIO* 51

Canto Final ..... *NOCHE OSCURA* 59

Juicios Críticos 67

Vocabulario 97

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Se terminó de imprimir este libro, el 20 de Junio de 1942, en los Talleres Gráficos de Editorial Austral.

Cuenca, Ecuador.- Calle Presidente Borrero, 164.

Apartado de Correos No. 208.

Cevallos García

Editores.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO

FECHA DE DEVOLUCION	

860-1(866)Tamariz 6250-'90
T153a Tamariz Crespo,Remigio,1884-1948
Lucia

FECHA	LLEVADO POR

860-1(866)Tamariz 6250-'90
T153a Tamariz Crespo,Remigio,1884-1948
Lucia

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo